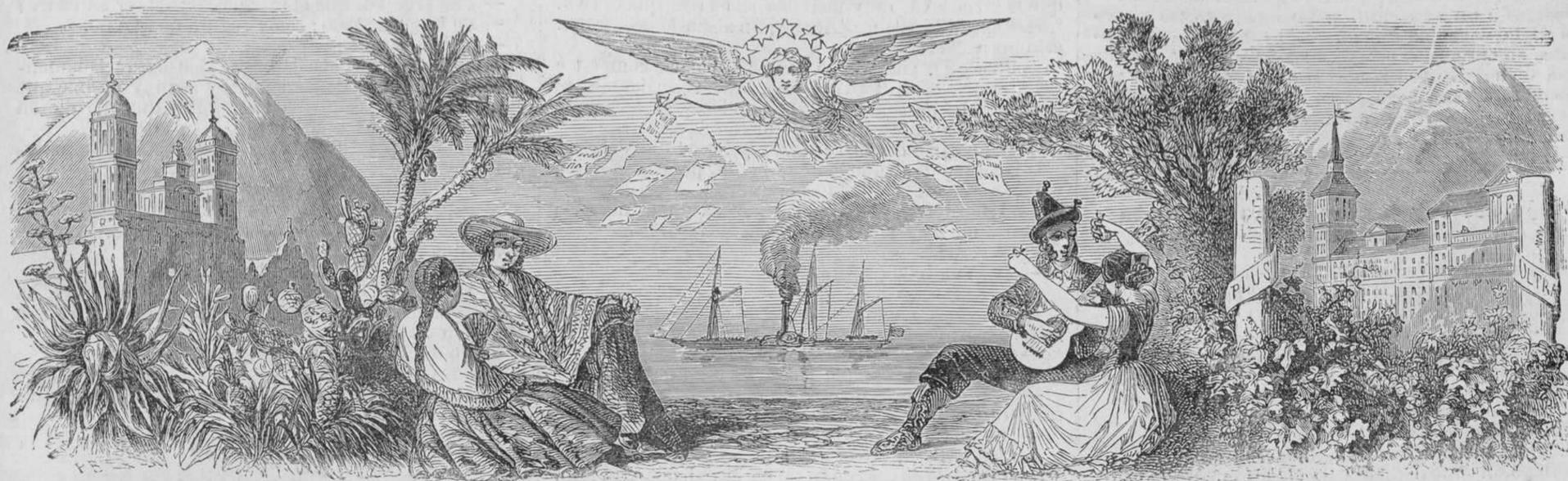


# EL CORREO DE ULTRAMAR

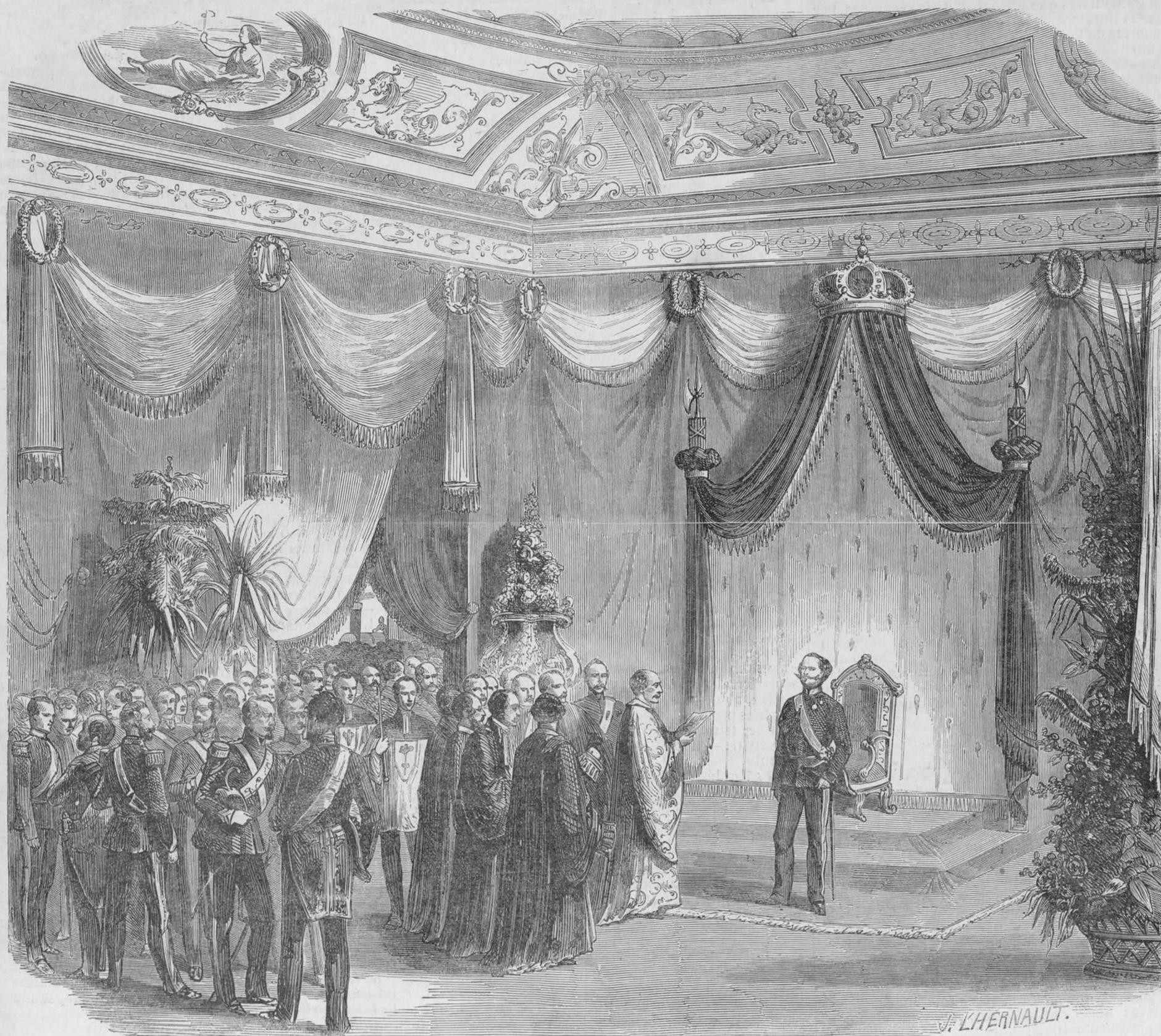
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris;

Año 19. — N° 385.



EL REY VICTOR MANUEL RECIBIENDO LAS FELICITACIONES DEL GONFALONIERO A SU LLEGADA A FLORENCIA.

J. L'HERNAULT.

## SUMARIO.

**Viaje del rey Victor Manuel por la Toscana;** grabado. — **La Dama de noche.** — **Entrada del rey Victor Manuel en Florencia;** grabado. — **Resultado de las votaciones en Niza y en Saboya;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Consejos á un zascandil.** — **El donativo de los muertos en la noche de finado.** — **Las caballerizas imperiales en el Louvre;** grabados. — **El doctor Antonio.** — **La caza de huevos de avefria;** grabado. — **Vapores de hélice de J. J. Van der Maaden;** grabado. — **Lisboa y Oporto;** grabados. — **La Virgen de las azucenas.** — **La Guyana francesa;** grabados.

### Viaje del rey Victor Manuel por la Toscana.

El viaje del rey Victor Manuel por la Toscana ha sido una excursion triunfal. Las calles de Florencia estaban adornadas espléndidamente; de distancia en distancia se alzaban arcos de triunfo, y por todas partes se oían las músicas de las ciudades toscanas, que habian acudido mediante la invitacion que el baron Ricasoli habia enviado á las municipalidades.

El 16 de abril al medio dia el cañon advertia á los florentinos que Victor Manuel entraba en el ferro-carril de Liorna. Diez cañonazos anunciaron la llegada del tren regio. Acompañaban á S. M. los señores Cavour, Mauriani, Jacini y unos ochenta senadores ó diputados.

Victor Manuel, despues de haber sido felicitado en la estacion por el gonfaloniero, montó en un caballo blanco y recorrió el itinerario trazado en medio de las aclamaciones universales. A la puerta de la catedral el rey fué recibido por el arzobispo y su clero. Se cantó un *Te Deum*, y despues el rey volvió á montar á caballo y se dirigió hácia el palacio Pitti. Las calles estaban alfombradas de flores que arrojaban de las ventanas. Por la noche la iluminacion estuvo brillantísima. Las torres y las puertas de la ciudad tenían luces en las almenas, y los muelles del Arno, llenos de gente, presentaban un soberbio espectáculo. El rio estaba surcado de barcas iluminadas, y en los puentes arrojaban cohetes y luces de Bengala. Todos los palacios de Florencia ostentaban una iluminacion que parecia un incendio. El entusiasmo habia llegado al colmo tanto en la poblacion como en el mundo oficial.

El rey visitó igualmente las demás ciudades de la Toscana, Pisa, Siena, etc., y en todas fué recibido como en Florencia.

X.

## LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

Y ansiosa, llena de dudas, de temores, de sufrimientos debió ser la mirada que yo fijé en ella al verla aparecer ante mí tan soberanamente hermosa, puesto que la Dama de noche se apresuró á decirme tendiéndome la mano:

— ¡Por Dios, Andrés! nada tema Vd.: le amo á usted como yo no sabia, como yo no podia creer que llegaría á amar: le amo á Vd... como Vd. me ama... no sé porqué siento este amor... pero mi alma entera es de Vd.

— ¡Oh Margarita! exclamé con voz trémula.

La Dama de noche soltó mi mano y retrocedió.

— ¡Margarita! dijo con acento opaco, ¿cómo sabe Vd. mi nombre? No lo sabe nadie.

Aquella pregunta y aquel cambio visible de la Dama de noche en su disposicion hácia mí me desconcertaron. No supe qué contestar.

— ¡Ah! sí, dijo riendo y ofreciéndome de nuevo su mano, que yo me apresuré á estrechar; cuando nos consagramos á un solo pensamiento perdemos la memoria: me habia olvidado de que anoche estaba junto á Vd. en el teatro Luis; hablaban Vds. y me miraban... Luis ha debido decir á Vd...

— Sí, Luis fué, la dije.

— Siéntese Vd., dijo Margarita señalándome un sillón y sentándose cabalmente en el mismo en que doce horas antes habia estado sentado Luis.

XXX.

Durante algun tiempo Margarita estuvo vuelta hácia la llama de la chimenea, como pretendiendo absorber su calor ocupándose solo en librarse del frio que la estremecía ligeramente.

Al fin se volvió á mí que la contemplaba extasiado, dominado, sujeto á su magia irresistible.

— ¡Oh! y qué felices vamos á ser, me dijo.

— ¡Oh! ¡sí! la situacion en que nos encontramos se prolongase por una eternidad!

— Eso no puede ser; pero todas las noches nos veremos: yo desde que amanece hasta que anochece soy una esclava: desde que anochece hasta que amanece soy completamente libre; libre hasta mas no poder: así es que nadie me ve de dia, siendo frecuente el que me vean de noche.

— ¡Esclava de dia y libre de noche! exclamé.  
— De dia, me contestó sonriendo, estoy encerrada en mi tumba.

— ¿Porqué ese empeño, Margarita, en hacerme creer en lo extraordinario? Es Vd. tan sobrenaturalmente hermosa, la rodean á Vd. circunstancias tales, que la seria á Vd. muy fácil hacerme creer que era Vd. un ser excepcional; un milagro, un absurdo hechicero: esto me volvería loco.

— Pues qué, ¿no es una tumba el palacio campestre del marqués de la Roca? dijo Margarita prodigándome siempre aquella sonrisa de amor dulce y satisfecho de sí mismo y aun orgulloso que me fascinaba.

— ¡El palacio del marqués de la Roca! dije dando á mis palabras una intencion ambigua, porque no sabia á dónde pretendia ir á parar Margarita.

— ¡Sí; hoy ha podido Vd. juzgar de aquel horrible caseron, me contestó. Ha ido Vd. á él con Luis.

— Es verdad.

— Y... ¿no ha oido Vd. nada?

— Sí, cantaba Vd.

— ¿Quién le ha dicho á Vd. que yo era la que cantaba?

— Luis.

— ¿Pero Luis sabia que yo estaba allí?

— Lo presumia al menos; creia que Vd. debía vivir con su tío el marqués.

— ¿Le ha contado á Vd. Luis cómo me conoció?

— Luis, señora, desde un dia en que la encontré á Vd. de repente en casa de su tío en la Habana, está loco.

XXXI.

Al oír Margarita estas palabras se estremeció no ya de frio, sino de miedo.

Yo ví pasar el horror por los lípidos ojos de Margarita.

— ¡Loco! exclamó: ¡loco desde el dia en que me vió por primera vez! ¡tambien desde aquel dia está loco el marqués! ¡yo tambien debiera estarlo si tuviera como ellos sangre en las manos! ¡yo soy inocente! ¡yo me estremezco cuando recuerdo el 25 de mayo: pero me estremezco de compasion, no de remordimiento!

Margarita inclinó su hermosa cabeza y la apoyó en sus manos.

Así permaneció algun tiempo.

XXXII.

— Andrés, me dijo al fin alzando de nuevo su cabeza, en cuyo semblante habia quedado marcada una lánguida expresion de cansancio, como el que produce en el alma el sufrimiento continuo de algunos dolores: Andrés, ¿ha hecho á Vd. Luis alguna revelacion?

— He llegado á comprender, á causa de su locura, que recuerda un crimen, se frota las manos como pretendiendo arrancar de ellas señales de sangre...

— Pero... si le ha dicho á Vd. cuándo y cómo me conoció...

— Detuvo su relacion en el momento en que encontró á Vd. meciéndose en una hamaca, tocando la guitarra y cantando.

— Y... ¿no pasó de ahí?

— No.

— Andrés, Vd. es un hombre de honor; no me engañe Vd.

— ¡Ah! ¡no! ¡no! Luis al llegar á ese punto detuvo su narracion. Por mas que mi curiosidad estuviese vivamente excitada no pude arrancarle mas: ni lo pretendí; aquel recuerdo parecia atterrarle.

— Pasemos, pasemos ese suceso por alto; porque le aseguro á Vd. que es horrible; y yo no puedo recordarle sin temblar; y sin embargo, á aquel terrible crimen debo mi libertad nocturna.

— ¿Qué singularidad, Margarita!

— Desde pocos dias despues de aquel terrible veinte y cinco de mayo, el marqués empezó á contraer una dolencia extraña que ha ido agravándose de dia en dia; todos los dias, en cuanto empieza á oscurecer, el marqués empieza á sufrir estremecimientos horribles, que crecen hasta convertirse en una convulsion espantosa: se encierra, pero muchas veces le he oido yo desde una puerta, atento el oído, atenta el alma, palabras roncadas, palabras pronunciadas con el acento del horror— Juan, déjame; ten compasion de mí... yo la amaba... tú me la robaste. — El delirio en que caía el marqués daba espanto.

— ¿Y quién era Juan, señora?

— No lo sé. — El delirio del marqués termina siempre en un letargo profundo. — Si alguna vez antes de caer en ese letargo, ve una luz, su padecimiento, su delirio, crecen... grita, se revuelve, se despedaza: se le figura ver un incendio... aun en medio del dia, cuando está tranquilo, seria peligroso introducir una luz en su habitacion, ó encender junto á él un fósforo.

— Respeto el secreto de Vd., Margarita... pero supuesto que Vd. me cree hombre de honor...

— No, no; dispénsame Vd. de entrar en detalles, y si quiere Vd. conocer una historia singular, le contaré la mia.

— ¡Ah, señora! su historia de Vd. debe estar llena de interés, de situaciones excesivamente romancescas.

— No, no por cierto, Andrés, es una historia muy sencilla; las singularidades que Vd. encuentra en mí son el resultado de una situacion excepcional, que en nada complica los incidentes de mi historia.

— Escúchelo á Vd. con impaciencia.

— Todo protagonista de historia tiene un nombre, y generalmente un apellido. Pues bien, yo solo tengo nombre: me llamo redondamente Margarita, ni mas ni menos.

— ¿No conoce Vd. á sus padres?

— No.

— ¿No cree Vd. que el marqués puede ser su padre?

— De ningún modo: estoy segura de que no.

— ¿Ni pariente?

— Tampoco: yo debo de haber sido desgraciadamente un instrumento de venganza, y es muy posible que el marqués haya cambiado el nombre que me dieron al bautizarme.

— ¿Pero á qué título la tiene á Vd. consigo el marqués?

— A título de tiranía.

— Pero permítame Vd. que la haga observar, que la tiranía individual es imposible en los países civilizados... que las leyes...

— Yo no quiero apelar á la ley.

— ¡Ah!

— Escúcheme Vd., y juzgue como mejor le parezca mi conducta.

— Oigo á Vd. con un gran interés.

Margarita inclinó un momento la cabeza, y luego mirándome de una manera enloquecedora, empezó su relato.

XXXIII.

De la misma manera que ignoro quiénes son mis padres, que dudo de mi nombre, estoy incierta acerca de mi edad: debo contar á mi modo de ver diez y siete ó diez y ocho años.

Ignoro además si he nacido en Europa ó en América. Mi primer recuerdo me lleva á los claustros sombríos del convento de Santa Clara de la Habana.

Una monja alta, flaca, pálida, sombría, me tenia en su celda.

Me educaba humildemente.

Me trataba con dureza.

Las otras pensionistas eran mas felices que yo.

Sus padres, sus parientes, iban á verlas, á llevarlas regalos y flores.

Yo no tenía á nadie que se cuidase de mí.

La ascética sor Asuncion, durísima para consigo misma, no podia ser blanda y cariñosa para mí.

Ni aun el sol entraba en su celda sombría.

Una comida excesivamente frugal, un trabajo continuo, una oracion jamás interrumpida, pocas horas dedicadas al descanso, hé aquí nuestra vida: del coro á las labores, de las labores á la lectura de sombrías vidas de santos.

Yo estaba pálida, delgada, enferma.

Me ahogaba entre aquellas cuatro paredes oscuras.

XXXIV.

Y no sabia porqué estaba allí.

Nadie me lo habia dicho.

Yo tampoco habia preguntado, porque el preguntar me estaba prohibido.

Mi pregunta se hubiera tomado por una falta de respeto y hubiera sido castigada.

Pasaron así algunos años.

XXXV.

Cuando debía contar diez, sor Asuncion fué llamada una tarde á la celda de la abadesa.

Fué, permaneció fuera de su celda algun tiempo, volvió, me asió de la mano, y me llevó sin decirme una palabra á la celda de la superiora, y me dejó sola con ella.

La superiora me sentó á su lado y me dijo:

— ¿Te gusta el convento, hija mia?

— Sí, señora, la contesté.

La madre Asuncion me habia acostumbrado á decir á todo que sí.

— ¿No te gustaria mas el tener hermosos vestidos, estar rodeada de niñas como tú, jugar con ellas, ser una señorita, en vez de ser una sierva?

— ¡Oh! sí, señora, la dije alentada por el acento de bondad de la superiora; eso me gustaria mucho mas.

— Pues bien, hija mia, hoy vas á salir del convento.

En efecto, aquel mismo dia me quitaron mi humilde hábito de educanda, y me pusieron un lindo traje de colegiala.

Aquella tarde una señora muy bella fué por mí: sor Asuncion me despidió prodigándome su último regalo, y la superiora me besó y me dió algunas golosinas, algunos primorritos de monja.

Salí del convento, entré en un carruaje con la señora que habia ido por mí, y fuí trasladada al colegio donde permanecí cinco años.

Mi pension era tal como pudiera haberla tenido la hija de un hombre millonario, y como á tal, se me adulaba, se me daba la peor educacion del mundo.

Se me hacia voluntariosa y vana, exigente y descontentadiza.

Se excitaba mi soberbia ponderando lo que llamaban mi belleza, se me presentaba á todo el mundo, se me llevaba á todas partes.

Aquello era el reverso del convento.

Yo tambien era el reverso de mí misma.

Aquella especie de tez mate, impura, enfermiza que me habia dado el continuo ensombrecimiento, por de-

cirlo así, de la oscura celda de sor Asuncion, de aquellos patios altos y estrechos, de aquellos claustros lóbregos, de aquellas galerías siniestras con sus santos denegridos pintados en tablas rajadas por el tiempo, descomulgadas, desquebrajadas; la languidez de mi vida monótona que se había traducido en la tristeza tenaz de mi semblante, mi enflaquecimiento, mi debilidad, todo había desaparecido á los pocos meses de estar en el colegio.

Aquello era distinto: habitaciones alegres y elegantes, el jardín bello y sombrero, la alegría por todas partes: por todas partes seres rientes, niñas traviesas, maestras amables...

Me había acontecido como al que helado durante una noche lóbrega, conforta al fin el sol sus miembros ataridos.

A los cuatro años de mi permanencia en el colegio, era físicamente lo que soy ahora: moralmente, una joven educada de una manera completa.

Pero mi educación había sido puramente de adorno. La música, el baile, el dibujo, la equitación, la manera sencilla y elegante de vestir, hé aquí mis conocimientos.

Yo estaba desarmada contra la desgracia, el día que la desgracia, ó mejor dicho, la pobreza, llamasen á mi puerta.

## XXXVI.

Minada por mis maestras, para las cuales mis mas leves deseos se convertían en órdenes, envanecida por la envidia mal oculta bajo caricias de mis compañeras, yo me había convertido en una pequeña reina.

Yo era feliz.

Me bastaba el colegio: no había visto otra cosa fuera de él mas que el convento, y el horrible recuerdo del convento favorecía por un vigoroso contraste al colegio.

## XXXVII.

Pero había llegado el día en que arrancada del colegio por la voluntad misteriosa que me había arrancado del convento, cambiase de nuevo de morada.

Hacia algun tiempo que me visitaba un hombre extraño.

La directora del colegio que me acompañaba durante sus visitas, le trataba con un respeto, con una deferencia casi serviles: el marqués de la Roca...

## XXXVIII.

Al pronunciar Margarita este nombre no pude contener una exclamación.

— ¿Conoce Vd. al marqués de la Roca? me dijo.

— Sí por cierto, la contesté; es un hombre muy singular.

— ¿No encuentra Vd. mas que singularidad en el marqués?

— Podré añadir que la singularidad del marqués es horrible.

— ¿Pero cómo conoce Vd. al marqués?

— Le conozco por su sobrino Luis.

— El marqués hace mucho tiempo que no se deja ver de nadie.

— Perdón Vd., Margarita; Luis ve á su tío siempre que quiere: hace de él lo que quiere. Para ello dispone de un talisman.

— ¿Y qué talisman es ese?

— Una frase: el 23 de mayo.

— ¡Ah! ¡sí! el 23 de mayo, repitió Margarita estrechándose.

Y luego añadió:

— Pues bien: si conoce Vd. al marqués, debe Vd. comprender cuán violento debía serme verle, escucharle, sufrir durante dos horas casi todos los días su repugnante mirada fija en mí, mirada que me ofendía, que me espantaba, que me causaba una sensación de horror, porque el marqués...

— ¿Estaba enamorado de Vd.?

— Y lo está.

Demasiado lo sabía yo.

No podía olvidar la terrible escena muda habida entre el marqués y Margarita en su gabinete, y vista por Luis y por mí desde una puerta de aquel mismo gabinete.

Margarita continuó:

— El amor del marqués me aterraba.

Aquel amor, si es que puede llamarse amor lo que el marqués siente por mí, no tenía palabras; se expresaba solo en las miradas, en la expresión del semblante del marqués. Su conversación era monótona, insostenible; sin embargo, la directora encontraba muy amable al marqués: había tenido el privilegio de descubrir que el marqués tenía talento y un gran corazón.

Yo comprendí muy pronto que la directora estaba vendida al marqués, y hé aquí lo que me aterraba.

## XXXIX.

Yo no sabía á qué título eran las visitas de aquel hombre.

Desde el principio de estas, noté que los regalos que me enviaba una mano misteriosa, crecían en número y en valor.

Las telas mas ricas, las modas mas costosas, las alhajas mas bellas, se sucedían sin interrupción: aquello era una verdadera avalancha de regalos.

— ¿De dónde puede proceder esto? preguntaba yo á la directora.

La directora se encogía de hombros y me mostraba siempre una carta brevísima que repetía sin cesar estas eternas palabras:

«Tenga Vd. la bondad, señora directora, de entrar los objetos que encierra el adjunto cajón, á Margarita.»

— ¿Pero por dónde viene esto?

— Lo deja un criado.

— ¿Y porqué no se pregunta á ese criado?

— Porque no es conveniente.

— Quiero ver á ese criado, dije al fin un día.

— No me parece oportuno, me contestó la directora.

— ¿Pero porqué?

Entonces la directora me presentó una carta de la abadesa del convento de Santa Clara.

Aquella carta decía, que ocho años antes (la carta tenía la fecha de mi salida del convento), una mañana se había encontrado en el torno del convento una niña al parecer acabada de salir de la lactancia; que á la niña acompañaba una carta en que se decía á la superiora que cuidase de mi crianza (porque aquella niña era yo), que se me educase procurando hacerme fuerte, preparada á la pobreza; que se obedeciesen las órdenes que fuesen escritas de la misma mano que aquella carta; que se contase con una asignación que sería remitida todos los meses, y que se guardase un profundo secreto, porque en él consistía la conservación del honor y la paz de una familia. Por último, la abadesa decía haber recibido orden de entregarme á la superiora del colegio, y al hacerlo recomendaba á esta la obediencia á aquel misterioso poder, respetando siempre el honor y la tranquilidad de una familia que podían ser comprometidos, si el secreto de mi procedencia se rompía.

Esta era la primera revelación que yo tenía acerca de mi origen.

Revelación misteriosa que me llenó de amargura, porque esta revelación solo alcanzaba á hacerme comprender que yo era una prenda de infamia, el resultado acaso de unos amores vergenzosos: tal vez la causa de un crimen.

— Ya ves, Margarita, me dijo la directora, que es necesario tomar esos regalos sin preguntar su procedencia; basta con que estos regalos vengan autorizados por una carta escrita por la misma mano que la que escribió la carta que te acompañaba cuando fuiste puesta en el torno del convento de Santa Clara.

— Pues me niego á recibir esos regalos, la dije, haciendo uso del ascendiente que se me había dado, si no se me deja hablar á quien los trae.

La directora disputó por la primera vez conmigo, se enojó, y nos separamos disgustadas.

## XL.

Durante tres días me negué á salir de mi aposento. En vano me dijeron que el marqués deseaba verme. Contesté que no quería ser vista.

En vano mis compañeras llamaron á mi puerta.

No respondí.

Me habían hecho voluntariosa, y era necesario que probasen los buenos efectos de la educación que se me había dado.

Al fin al cuarto día la directora llamó á mi puerta y me dijo:

— Ahí está el criado con una nueva carta y un nuevo cajón.

Entonces abrí.

— Que entre el criado, dije.

— Pero, Margarita, en el interior del colegio no entran hombres.

— No importa, yo quiero que entre, y entrará, ó de lo contrario vuelvo á incomunicarme.

A esta intimación la directora cedió; y poco después entraba un hombre sumamente original en mi cuarto.

## XLI.

Aquel hombre era pequeño, grueso, con el semblante prominente, afectado por una sonrisa eterna; aquel semblante era tan vivamente sonrosado, que parecía estar inundado por el resplandor de una hoguera.

— En efecto, un semblante del color del salmonete, dije á Margarita.

— ¡Ah! ¿conoce Vd. también á M. Rouget?

— Sí, sí, señora; he estado esta mañana en el viejo palacio del marqués con Luis, y M. Rouget nos ha hecho como quien dice los honores de la casa.

— ¿Y no han visto Vds. á nadie mas?

— No, señora; pero hemos oído...

— ¿Qué?

— Una voz admirable, divina, que cantaba...

— ¡Ah! ¡sí! un trozo de la parte de Adalgisa...

— ¡Cómo! dije fingiéndome admirado...

— Sí, amigo mio, quien cantaba era yo...

— ¡Ah! no en vano mi corazón se estremeció al escuchar aquella voz divina.

— Aun no hemos llegado al capítulo del amor, Zayas; llegaremos, pero lógicamente. Permítame Vd. que continúe.

Volví á mi posición de oyente.

## XLII.

— M. Rouget, continuó Margarita, me desesperó con su eterna é insostenible sonrisa, bajo la cual encubre un alma horrible, y con sus respuestas que se reducían todas á lo siguiente:

«No, señorita.»

«No comprendo lo que Vd. me pregunta, señorita.»

«Señorita, no puedo satisfacer los deseos de Vd.»

— Pues llévase Vd. eso, y todo lo que ha traído.

— No puedo, señorita.

— Lo arrojaré por el balcón á la calle.

— No puedo responder nada á esa determinación.

Apelé á las promesas, á las dádivas, y M. Rouget resistió heroicamente.

Es verdad que entonces no se atrevía á desobedecer al marqués, porque todavía el marqués no dejaba de ser temible desde la llegada de la noche á la llegada del día siguiente.

Ahora es distinto.

Ahora compro la fidelidad de M. Rouget, y por esa razón me encuentro aquí, en medio de la noche, al lado de Vd.

## XLIII.

— Dice Vd., Margarita, que su historia es sencilla y vulgar, y á mí me parece fuertemente extraordinaria.

— Vulgar y sencilla ha sido hasta la época de mi conocimiento con el marqués; no hay nada mas vulgar que una hija de padres desconocidos á la que se educa de una manera brillante, conservando acerca de su origen un profundo misterio; no hay nada mas monótono que una existencia semejante; pero desde el día en que tuve mi singular escena con M. Rouget, mi historia deja de ser vulgar y empieza á ser terrible.

Por lo mismo, suspendámosla por hoy.

Antes de revelar á Vd. lo terrible de mi historia, necesito saber hasta qué punto puedo contar con Vd.

Ocupémonos de la situación presente.

Voy á sintetizar en una sola frase la razón de la situación anómala en que me encuentro, encerrada de noche y sola en el gabinete de un hombre.

## XLIV.

Margarita calló, el color de su semblante creció, me miró como jamás me había visto mirado por una mujer, y me dijo, pronunciando con dificultad sus palabras, con el acento opaco, trémulo, lleno de una magia divina:

— Yo amo á Vd.

Después añadió aprovechando la turbación de felicidad que habían causado en mí sus palabras:

— El amor en la mujer es una razón bastante para disculpar su situación cualquiera que ella sea, respecto á un hombre, porque el amor en la mujer, Andrés, (yo no lo sabía hasta ahora), el amor en la mujer no es ni una sensación, ni una pasión; es mas que eso: es una predestinación, es su destino.

Yo escuchaba absorto á Margarita.

— En vano es que pretendan oponer, á esta necesidad de amar que siente tan violentamente la mujer, la razón, las conveniencias, el aprecio ó el desprecio social: la mujer ha nacido para ser esclava de su corazón; todo consiste en que encuentre ó no al hombre que debe despertar en su alma toda la poesía, toda la abnegación, todo el sentimiento, toda la idolatría de que su alma es depositaria. Si le encuentra, el destino de la mujer se decide, y ó es feliz cuanto puede serlo una criatura sobre la tierra, ó es la esclava mas abyecta, la criatura mas miserable de las criaturas; ó el hombre amado por ella es digno del sacrificio que la mujer le hace de su alma entera, y entonces la mujer se levanta hasta lo sublime de la virtud, ó es un miserable, un ser de lodo, y entonces la mujer desciende con él hasta el fondo del abismo de la infamia.

— ¿Y tratándose de mí, Margarita, duda Vd.?

— Sí.

— ¿Cree Vd. posible que yo sea un miserable que degrada á la mujer?

— Andrés, hay dos amores.

— Yo creía que no había mas que uno.

— El amor es un sentimiento; pero el hombre está compuesto de cuerpo y alma, y entrambos sienten: el materialismo es el único que puede hacer sentir al cuerpo: el idealismo es lo único que puede hacer sentir al alma.

— Perdón Vd., Margarita; pero lo que acaba Vd. de decir, es sofisticado, y sofisticado de una manera puramente metafísica.

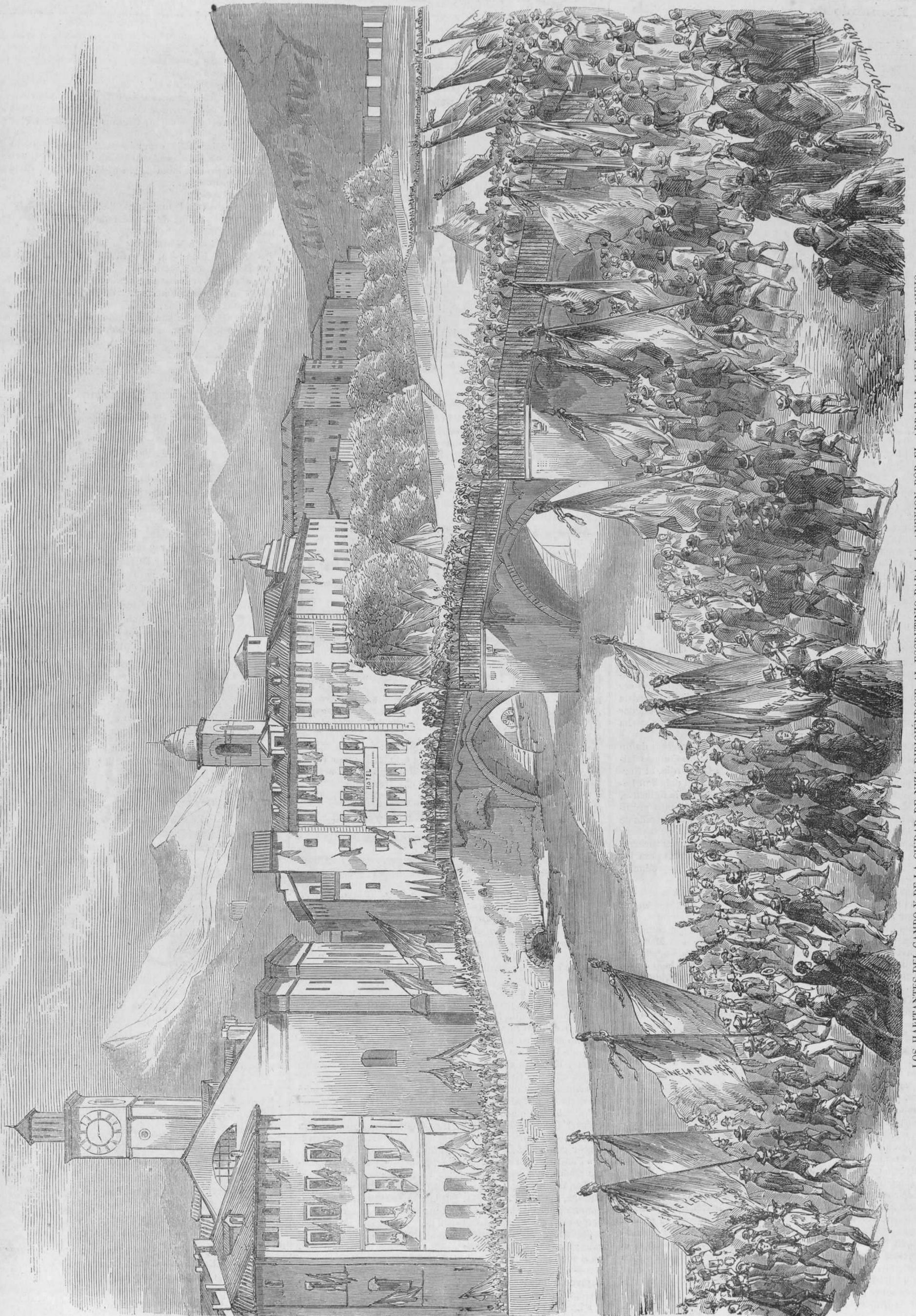
— Andrés, yo no soy sabia: toda mi ciencia se reduce á ser mujer; á sentir como siente la mujer, de una manera profunda, delicada, voluntariosa; yo comprendo que hay dos amores, y para que no me acuse Vd. de oscuridad, voy á procurar explicarme: hay un amor vulgar, el que generalmente experimenta la gran masa humana; el amor de los sentidos, el amor á la forma, á la belleza, el amor que pasa, el amor que muere, como pasan, como mueren todas las necesidades materiales; ese amor degrada á la mujer que lo inspira, ese amor la humilla, la infama, la enloda; pero existe otro amor...

— ¡Oh! ¡sí! ¡sí! exclamé: ¡el amor soñado!

(Se continuará.)



ENTRADA DEL REY VICTOR MANUEL EN FLORENCIA EL 16 DE ABRIL DE 1860 POR LA PUERTA DEL PRATO.



LOS HABITANTES DEL CAMPO Y DE LA CIUDAD DE NIZA DIRIGIÉNDOSE AL ESCRUTINIO PARA LA ANEXION POR EL ARRABAL Y EL PUENTE VIEJO.

### Resultado de las votaciones en Niza y en Saboya.

Hé aquí un cuadro que contiene los resultados de las votaciones en Niza y en Saboya en favor y en contra de la anexión de estos países á la Francia :

#### Resultado de las votaciones en Niza.

|                              |        |
|------------------------------|--------|
| Electores inscritos. . . . . | 30,706 |
| Votantes. . . . .            | 25,933 |
| SI. . . . .                  | 25,743 |
| NO. . . . .                  | 160    |
| Boletines nulos. . . . .     | 30     |

No se comprende en este cuadro el voto de 2,500 militares de Niza que están bajo las armas. Casi todos ellos han votado afirmativamente. La guarnición de nizanos que se halla en Turin tenía 74 individuos que votaron del siguiente modo : SI, 53; NO, 20; boletín anulado, 1.

#### Resultado de las votaciones en la Saboya.

|                          |         |
|--------------------------|---------|
| Inscritos. . . . .       | 137,244 |
| SI. . . . .              | 131,744 |
| NO. . . . .              | 233     |
| Boletines nulos. . . . . | 78      |

No se comprende en este cuadro el resultado de cinco comunas, donde se espera obtener *unanimidad*.

El voto de los militares saboyanos dió el resultado siguiente :

|                          |       |
|--------------------------|-------|
| Votantes. . . . .        | 3,220 |
| SI. . . . .              | 3,082 |
| NO. . . . .              | 127   |
| Boletines nulos. . . . . | 11    |

### Revista de Paris.

Se principia á hablar como de costumbre de proyectos de viaje. Habíase anunciado hace algun tiempo que el emperador y la emperatriz se proponían hacer antes del verano una excursión á Saboya y á Niza; pero segun se dice ahora, esta excursión se deja para el otoño. El programa de los viajes del emperador antes de ese tiempo se asegura es el siguiente : 17 de mayo, marcha á Fontainebleau y residencia en este sitio. Salida del emperador para el campo de Chalons á mediados de junio; marcha á Plombières; marcha á Biaritz; regreso á Paris y estancia en Saint-Cloud hasta el viaje á Saboya que tendrá lugar en setiembre. — Una vez SS. MM. fuera de Paris, principiará la emigración general de los parisienses.

Los Campos Eliseos están llenos de obreros de todo género. El 17 de junio se abrirá durante seis dias el gran concurso general y nacional de agricultura de 1860, y segun las declaraciones recibidas en el ministerio, este concurso debe ser considerable. Se ha reconocido que el palacio de la Industria á pesar de sus vastas proporciones sería insuficiente para dar abrigo á los animales, las máquinas y los productos, y ha sido menester remediar esta insuficiencia.

Con esta idea se ocupan hoy en rodear de barreras de un metro de altura toda la parte meridional de los Campos Eliseos, limitada al Oriente por la plaza de la Concordia, al Norte por los jardines del pabellon del Horloge, del pabellon Ledoyen hasta el pabellon del Norte del palacio de la Industria, al Mediodia por la calzada del Cours-la-Reine, la mas próxima al rio, y al Oeste por el concierto Musard y la avenida de Antin.

Sobre las ocho ó diez avenidas que se encuentran encerradas en este recinto, se construyen grandes tiendas para los animales, las máquinas é instrumentos y todos los productos que no hallen colocación en el palacio.

En la nave del edificio la Sociedad de horticultura termina los preparativos de su hermosa y rica exposicion, que tendrá lugar antes del gran concurso nacional de agricultura. Por último, toda la parte Norte de los Campos Eliseos comprendida entre la plaza de la Concordia, la avenida de Marigny, la avenida Gabriel y la gran calle del paseo, está ocupada por jardineros que trasforman en parque inglés ese lado de los Campos Eliseos, como ya trasformaron su parte meridional el año último.

Ya que hablamos de las obras de embellecimiento que se hacen en Paris, diremos dos palabras acerca del plan para la construcción del nuevo teatro de la Opera, de que hemos hablado ya en una de nuestras últimas revistas. Dicese que el emperador ha visitado hace unos dias por la mañana temprano los trabajos del boulevard de la Magdalena, y el sitio que debe ocupar el nuevo teatro. Segun se asegura, el emperador dijo que las críticas de los arquitectos eran muy fundadas, y no parece dispuesto á aprobar el plan; antes por el contrario, se inclinaria á la idea de construir el nuevo teatro sobre el sitio que ocupa el actual, poniendo la fachada al boulevard, para lo cual habria que echar abajo el pasaje de la Opera y dos ó tres casas contiguas. El público parisiense se interesa mucho en este asunto, que ya no puede tardar en resolverse definitivamente.

Hace tiempo ya dimos á nuestros lectores la noticia de que el célebre Alejandro Dumas se proponía hacer una excursión marítima á bordo de un buque de su pertenencia llamado *Monte-Cristo*. Parece ser que el intrépido viajero se halla á punto de poner en ejecución su idea; actualmente se encuentra en Marsella dispuesto á embarcarse, y mientras llega el instante favorable para hacerlo, los marsellese colman de obsequios y finezas al autor de los *Mosqueteros*.

Los diarios de la susodicha ciudad vienen llenos de pormenores sobre las fiestas públicas y privadas que se dan en honor de Dumas; el *Courrier* del 5 de este mes trae una relación

interesante del *lunch* literario que tuvo lugar en ese dia en uno de los salones oficiales de Marsella.

En la fiesta se hallaban reunidos en torno del gran novelista todos los hombres distinguidos que cuenta la ciudad, tanto por su talento como por su afición á las obras de la inteligencia.

No es nuestro ánimo seguir aquí en sus extensos pormenores la relación del diario marsellés; pero sí vamos á señalar algunos de los episodios mas notables de la fiesta.

Hé aquí el primero : Alejandro Dumas encuentra debajo de su servilleta cartas de vecindad que le otorga la ciudad de Marsella. Hé aquí al autor del *Monte-Cristo* adoptado con entusiasmo por la ciudad que ha sido ilustrada por su pluma.

El segundo es este : A los postres un suizo vestido de toda ceremonia se adelanta inclinándose respetuosamente su alabarda, y presenta á Dumas sobre una rica bandeja varias llaves de plata y un sello de un trabajo primoroso. Era un *fac-simile* de las llaves del castillo de If; en el sello un buril de fama habia dibujado la antigua fortaleza gótica destacándose sobre un fondo de plata. En el mismo instante el castillo histórico aparecía en la mesa con su cerco de bastiones y un torreón florentino. Esta obra maestra de fortificación gastronómica, no tardó en sucumbir á los asaltos repetidos de los convidados, entre los cuales, dice un testigo ocular, brillaba el temible tenedor de Monte-Cristo.

En el tercero y último episodio ocurrió un incidente que estuvo á punto de aguar la fiesta.

Estaban tomando el café cuando el mas distraído de los amigos de Alejandro Dumas, apoderándose de un papel dejado como al descuido sobre la chimenea, le retuerce para encender su cigarro sin hacer caso del timbre imperial que se veía estampado en una de sus puntas.

Observando aquello Alejandro Dumas, arranca el papel de manos del imprudente, y le echa una rápida ojeada.

De repente una indecible emoción se apodera del gran novelista, que se deja caer en un sillón mostrando el papel á los presentes.

Aquel pliego timbrado libertado de las llamas era ni mas ni menos que un título de concesión que otorgaba al poeta algunas hectáreas de terreno en las alturas de la ensenada de los Catalanes.

Alejandro Dumas agradecido á tantos favores, parece se ha decidido á fijar su residencia en las pintorescas riberas donde colocó los cuadros de introducción de una de sus obras mas celebradas.

Acaba de fallecer en una edad muy avanzada la viuda del célebre trágico Talma. Era hija del actor Vanhove. Nacida en 1771, salió á las tablas por primera vez en 1783, y entró muy jóven á formar parte de la compañía de la Comedia Francesa.

Representaba tragedias, comedias y dramas; pero segun La Harpe, descollaba sobre todo en los papeles que exigen mucha sensibilidad. Cuenta uno de sus biógrafos, M. G. Deping, de quien extractamos estos pormenores, que en una representación de la célebre pieza *El abate de l'Épée*, en que hacia el sordo-mudo, se rompió una máquina, y mientras todos los cómicos se precipitaban entre bastidores, ella se quedó inmóvil en su puesto; no se olvidó de que era sorda en este momento crítico.

Se casó con Talma el 16 de junio de 1802. Hacia ocho años que se amaban, y este amor pudo costar caro al célebre artista. Robespierre suspiraba por la actriz y acudía al teatro todas las noches que ella trabajaba.

Una vez fué á casa de un sastre de nombradía á que le hiciera vestidos á la moda.

— ¿Quiere Vd. un levitín como le lleva Talma? preguntó el sastre.

Era la prenda mas en boga entonces.

Al oír estas palabras Robespierre se encolerizó, y el nombre de Talma fué inscrito en las listas de proscripción; el 9 termidor vino á salvarle.

Sin embargo, el matrimonio no fué feliz. El favor de Talma crecía al mismo tiempo que su talento; frecuentaba mucho la alta sociedad, lo que exigía muchos gastos, y además era hombre aficionado al lujo. De aquí los apuros continuos de la casa, y eso que ganaba 100,000 francos anuales, sin contar los regalos que le hacia el emperador. Ese sueldo era enorme entonces; puede compararse á lo que gana Tambo en esta época.

Su señora se irritaba con sus despilfarros, pero nunca pudo conseguir que su marido tuviera un poco de orden.

Como es sabido, Napoleon era un apasionado de Talma, pero en cambio nunca le gustó su mujer; la sensibilidad teatral no era de su agrado.

M. de Lamartine al hablar de su primera visita en casa de Talma, da en las siguientes líneas una idea de lo que era su mujer en aquel tiempo :

« Antes de las ocho, dice, estaba en casa de Talma. Enseñé mi carta de introducción al portero, y subí con el corazón palpitante los cinco tramos de escaleras que conducían al umbral del grande hombre. Llamé suavemente, como una persona que teme importunar, y que no quiere hacer estremecer con el ruido de la campanilla al amo de la casa.

» Una bellísima mujer con un peinador de indiana de flores azules, la cabellera esparcida sobre un cuello de Clitemnestra, dejando entrever unos hombros y un seno de estatua antigua, me abrió la puerta. Sus facciones eran de forma imponente, pero de suave expresión; sus miradas derramaban como unas sombras de terciopelo negro sobre sus mejillas.

» Se sonreía ligeramente, pero sin malicia, cuando me miraba; conocíase que estaba acostumbrada á introducir muchos sueños y á despedir muchas ilusiones.

» — ¿Quereis ver á Talma? me preguntó; ¿sois sin duda el jóven á quien espera? ¿Quereis decirme vuestro nombre? añadió sin quitar su hermosa y ancha mano de la cerradura.

» La dije mi nombre.

» — Entrad, exclamó.  
» Y luego abriendo otra puerta que daba al gabinete de Talma, le dijo con una voz cariñosa y familiar :  
» — Amigo mio, es el jóven que he mandado dejar entrar.  
» Y en seguida desapareció, retirando los pliegues de su peinador sobre sus babuchas, y yo me quedé solo en presencia de Talma »

Bajo la dirección de M. A. Baudoz y de M. O. Ilfia está á punto de publicarse en Paris en francés y luego en español una *Historia de la guerra de España con Marruecos*, que debe perpetuar el recuerdo de los triunfos obtenidos por nuestras armas.

Este libro destinado á popularizar en todo el mundo los actos de valor y de sufrimiento de que tantas pruebas ha dado el soldado español en la tierra africana, estará dividido en seis partes, que son :

- 1ª Introducción.
- 2ª Biografías de los ministros de S. M. C.
- 3ª Historia política de España desde 1808 hasta nuestros dias.
- 4ª Expedición á Marruecos con todos sus pormenores.
- 5ª Historia financiera, comercial é industrial de la España.
- 6ª Documentos oficiales.

La obra que se hallará de venta próximamente en la librería Lebigre-Duquesne hermanos de Paris, estará ilustrada con los retratos de la reina, de O'Donnell, de los ministros y de los generales que se han distinguido en la guerra de Marruecos. — No hay duda que una producción semejante sera leída con gusto por todos cuantos se interesan en las glorias de nuestra patria.

MARIANO URRABIETA.

### Consejos á un zascandil.

Cuentan que un politicon  
A cierto *quidam* un dia  
Explicaba esta lección,  
Si bien por tema ponía  
«No hay regla sin excepcion.»

— Me pides, Fabio, un consejo  
Para subir y medrar,  
Y yo á fuer de perro viejo  
Te lo doy; pero te dejo  
En disposición de obrar.

Aunque tu estrella raquíica  
Te hizo nacer pobre y tonto,  
No hagas caso de la crítica;  
Salte á lidiar pronto, pronto,  
Al campo de la política.

Hoy á lanzarse se atreve  
Quien brioso se contempla;  
El camino es ancho y breve,  
Y no hay ya ni un arma aleve  
Siendo astuto el que las templea.

Cuando á la senda se atina,  
Nadie torna desairado;  
La política es ladina,  
Y el patriotismo una mina  
Que muchos han explotado.

Ellos á la patria invocan;  
La proclaman, la defienden;  
Los puntos extremos tocan,  
Y cuando ya no se entienden  
Serios conflictos provocan.

Mas no te arredre á fe mia  
Tal cosa, de cualquier modo  
El interés sea tu guía;  
Ten, si puedes, ante todo  
Desvergüenza y osadía.

Para engordar y crecer  
Yo diré lo que has de hacer :  
Tendrás lo primero á mengua  
No mover mucho la lengua  
Cuando la puedas mover.

Entre los sistemas varios  
Que se ensayan; vive Dios  
Que los hay estafalarios!.,.  
No hay ninguno como los  
Sistemas *charlamentarios*.

Charla pues de todos modos;  
Así el ingenio resalta,  
Y así se convence á todos;  
Sobra será, nunca falta,  
El que charles por los codos.

Para mostrar tu razon  
Harás fuerte oposicion  
Al que ocupare el poder,  
Y si él te llega á temer  
Ya has encontrado el *filón*.

Sé terco y entrometido;  
Encómate cuanto puedas;  
Cede, si sacas partido;  
Si no le sacas, no cedas,  
Y vive muy prevenido.

Si en el puesto en donde estás  
Hay alguno que te estorba  
Para dar un salto mas,  
Con intencion siempre torva  
Tírale y déjalo atrás.

Ten altas aspiraciones,  
Y examina con sosiego  
La marcha de otros varones,  
En eso que llaman juego  
De leyes é instituciones.

Piensa, si ya no has pensado  
En ello, que es gran ludibrio,  
El que un hombre desdichado  
Llegue á perder su equilibrio  
Despues de haberle guardado.

Si vienen revoluciones,  
Y en pos de ellas las reacciones,  
Y el cataclismo despues,  
Haz con cuatro evoluciones  
Que siempre caigas de piés.

En fin, si cauto trabajas,  
Si eres mañoso y prudente,  
Si juegas con dos barajas  
Y subes y nunca bajas,  
Te harás un hombre eminente,

Crear atmósfera hoy dia  
Suelen muchos á porfia,  
Y en la ruidosa pelea  
La atmósfera que se crea  
Está de razon vacía.

Nunca en ella se concentra  
De patriotismo un residuo,  
El bien público no entra  
En ella; si algo se encuentra  
Es el bien del individuo.

Por la propia bienandanza  
Todo el mundo está dispuesto  
A lidiar con gran pujanza,  
Viendo siempre en lontananza  
Las glorias del presupuesto.

En partidos y fracciones  
Ya la gente se divide  
Y surgen ilustraciones,  
Y este pide y aquel pide  
Si bien con diversos sonos.

Principian unos atentos  
A observar los elementos  
Del público bienestar,  
Y acaban por observar  
Por donde corren los vientos.

Otros en estilo vario  
Agitando el diccionario  
De la lisonja, su bien  
Encuentran diciendo *amen*  
Y agitando el incensario.

Otros, no sé si peores,  
Quieren que el diablo ande suelto,  
Recordando previsores  
Aquellos de «á rio revuelto  
Ganancia de pescadores.»

Este sus actos pregona,  
Toca un soberbio registro,  
Y mas listo que Cardona  
Viene á dar en la poltrona  
Dorada de algun ministro.

Aquel suele hacer el bú  
Con glorias que no ganó,  
Y hecho un bizarro Mambrú  
Llega y grita: — Vete tú  
Que voy á ponerme yo.

La gente pues con exceso  
Se afana, grita y se mueve,  
Porque al fin, yo lo confieso,  
Este siglo diez y nueve  
Es el siglo del progreso.

Si necio y estafalario  
No te avienes con sus mañas  
Y con su espíritu vario,  
¡Ay Fabio de mis entrañas!  
Vivirás *estacionario*.

Te tendrán por majadero,  
Enemigo de las luces;  
Serás... á la izquierda un cero,  
Y nunca tendrás dinero,  
Bordados, cintas ni cruces.

Nadie escribirá tu historia,  
Y al grabar tu oscuro nombre  
En tu losa mortuoria,  
Pondrán solo á tu memoria:  
«Aquí yace un pobre hombre.»

Esto un gran politicon  
A un zascandil dijo un dia,  
Mas luego por conclusion,  
Recopilando añadía:  
«No hay regla sin excepcion.»

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

### El donativo de los muertos en la noche de finado.

#### I.

La luna en toda su plenitud vertía á torrentes los efluvios de su luz plateada.

Era media noche, y nada turbaba la soledad de la dormida naturaleza.

Solo el suspiro del céfiro se percibía susurrando entre el movable ramaje.

Sola yo entre tanto cruzaba melancólica un espacioso terreno en que apenas se descubría vejetacion.

El suelo cubierto de innumerables abrojos detenía de vez en cuando mis pasos; pero una fuerza de voluntad superior á la debilidad de mi naturaleza me hacía seguir siempre adelante.

Vestia completamente de negro, y el cabello destrenzado me envolvía en sus ondas prolongadas, como en un vaporoso y dorado velo. Un frio glacial estremecía mis ateridos miembros, y las manos cruzadas sobre el pecho parecían querer prestar algun calor á mi corazón que latía débilmente.

¡Dios mio, qué triste era cuanto me rodeaba!

La luna parecía una lámpara funeraria suspendida en un inmenso panteon: luego abrojos, abrojos, aridez, soledad...

#### II.

Despues de una marcha penosa y prolongada llegué á la alameda espaciosa completamente bañada por la luna. Tres arcos de mampostería servían de entrada al misterioso paseo.

Quise entrar en su recinto, y un frio terrible me impedía dar un solo paso: al cabo entré.

#### III.

Infinidad de personas paseaban hablando amigablemente; pero ¡cosa extraña! sus pasos no producían ruido.

Otros, sentados en blancos asientos, parecían disfrutar de una paz letárgica que embotaba en ellos el sentimiento de pensar.

Yo sola, medrosa y temblando, era cual planta exótica en aquel jardín inodoro, en que flores y árboles parecían los bastidores de un teatro. Tal era su inmovilidad.

#### IV.

Allí no había brisas, ni voces, ni perfumes ni vida... ¡Sufria tanto! Y sin embargo, me retraía de salir cierto bienestar parecido á la tranquilidad de la muerte.

Entonces fijé mi atencion en los paseantes, y un grito ahogado se escapó de mis labios frios como la nieve.

Eran aquellos tan blancos, tan pálidos, como el mármol donde tomaban asiento.

Sus ojos brillantes, pero sin expresion, hacían daño cuando miraban: sus movimientos pausados, mecánicos, hacían en mí una impresion dolorosa, y me parecía estar viendo figuras de cera puestas en movimiento por algun oculto resorte. Y cuando mi vista se fué acostumbrando á la luz pálida de la luna y á los blancos personajes, reconocí entre ellos seres queridos, perdidos tiempo hacia.

Tú estabas también: tú á quien un dia llamaba hermano.

¡Hermano, hermano mio!... deja que aun ahora te dé este dulce nombre; deja que te rinda en tierno y melancólico tributo, una lágrima de fraternal cariño...

No consignaré aquí tu nombre.

¿Para qué?

Ya se ha borrado de entre los vivos.

Tu recuerdo solo vive en mi corazón.

#### V.

Al ver fisonomías amigas se reanimó mi espíritu. El pavor dejó su lugar á un bienestar parecido al sueño.

Solo el frio, el frio helaba mis miembros intensamente, y á pesar del aire penetrante que me impedía respirar, ¡gozaba allí de tanta calma!

Nada turbaba aquel silencio majestuoso: todos parecían ser felices, y lo eran en realidad.

El mundanal ruido no llegaba á traslimitar aquellos muros.

#### VI.

Sobreponiéndome al estupor que todo aquello me causaba, quise hacer notar mi presencia, y me dirigí á uno de los que se paseaban preguntándole:

— ¿Queréis decirme dónde estoy, pues no conozco este sitio?

— No es extraño, me contestó parando su paso y con una voz sin eco. Estais en la mansion de la muerte.

— ¡Dios mio! ¿con que todos los que están á mi vista son...?

— ¡Muertos! ¡Muertos!  
— ¿Yo estoy muerta también?  
— No, estais viva aun; pero por un especial favor pasais entre nosotros la noche de difuntos.  
— ¿Estamos en la noche de difuntos?  
— Sí. ¿Porqué temblais? Aquí todo es calma, bienestar. Nada turba nuestro reposo, teniendo aquí término lo que altera la existencia, no hay luchas, no hay lágrimas.

— ¡Pero estas plantas sin aroma!  
— Son eternas, porque no pierden perfume ni savia.  
— ¡Y este aire helado!  
— Es apacible brisa para nosotros.  
— Sin embargo, yo quiero marcharme. Tengo miedo, tengo frio. ¡Aquí sola!...

— Sola no, Victorina, dijo una voz á mi espalda: me volví con presteza, y una multitud de muertos me rodeaba.

Entonces quise correr y no pude. Procuré gritar y no hallé voz en mi garganta; y abatida y trémula permanecí inmóvil, mientras mis labios murmuraban una oracion por el descanso de aquellas almas.

Cuando concluí de rezar, tornó á desaparecer el miedo que embargaba mis movimientos, y la calma anterior inundó mi corazón de un sosiego sin límites.

#### VII.

— Escucha, dijo entonces mi perdido amigo. Dios te ha guiado á nosotros porque tu espíritu ha estado continuamente en contacto con el nuestro. Hoy, dia de difuntos, en que algun recuerdo perdido intercede por nuestro descanso, tu oracion pura y amante ha llegado aquí como un himno lejano entonado por los ángeles. Tú invocaste nuestra memoria y te dijimos: ven, ven, puesto que nos recuerdas: ven, puesto que nos llamas.

Ahora vamos todos nosotros á hacerte un donativo: síguenos; y tendia su helada mano que tomé sin temor á pesar de petrificarme su contacto.

Me llevó á un extremo de la alameda á donde nos siguieron todos los muertos, y desde allí descubrí un mar tumultuoso que arrojaba espumosas olas hasta nuestros piés.

Era un mar inmenso... sin horizontes.

De enmedio de sus aguas ví surgir como fantasma mágico un bagel ligero en forma de cisne, que pintado de negro y filetes de oro, hacían resaltar su esbelta y aguda quilla. Dos remeros vestidos de negro, de rostro pálido y tranquila fisonomía, parecían aguardar alguna orden de los de tierra, y sus remos levantados en alto goteaban líquidos diamantes, que se perdían en la estela del bagel.

#### VIII.

— Mira, continuó el que me condujo á orillas del mar. Ese bagel es nuestro donativo. — Cuando triste y acongojada por los humanos dolores viertan llanto tus ojos y gima tu sensible corazón; él, pronto siempre á tu mandato, te brindará un refugio seguro donde no podrán alcanzarte las penas de la tierra ni las tempestades del mar.

Nada podrán los hombres ni los elementos contra tu pequeña embarcacion. En ella tendrás tranquilidad y dulzura, y aunque las aguas amontonen sus gigantescas olas para sepultarla, será en vano, que por cima de sus crestas te conducirá al puerto de la luz y de la verdad.

No temas la muerte, ni aborrezcas la vida.

La primera te ofrece un lugar de bienaventuranza, porque tú gozarás de la vista de Dios: la segunda debe serte indiferente, porque sus penalidades no deben llegar á tu alma privilegiada.

Ahora adios por algun tiempo: vuelve otra vez á la vida real, y no olvides en todas tus aflicciones el donativo de los muertos.

#### IX.

Cuando miré á mi alrededor todo había desaparecido: entonces me incorporé y me encontré en mi lecho.

¿Todo había sido un sueño?

Todo sí, todo menos la noche de difuntos.

Las campanas de la iglesia vecina doblaban pausadamente por el eterno descanso de las almas.

Oré... y aun me parecía escuchar la voz lenta y sin eco de mi querido hermano, de mi buen amigo al hacerme el misterioso donativo.

#### X.

¡Dios mio! ¿fué aquello una revelacion del espíritu al espíritu?

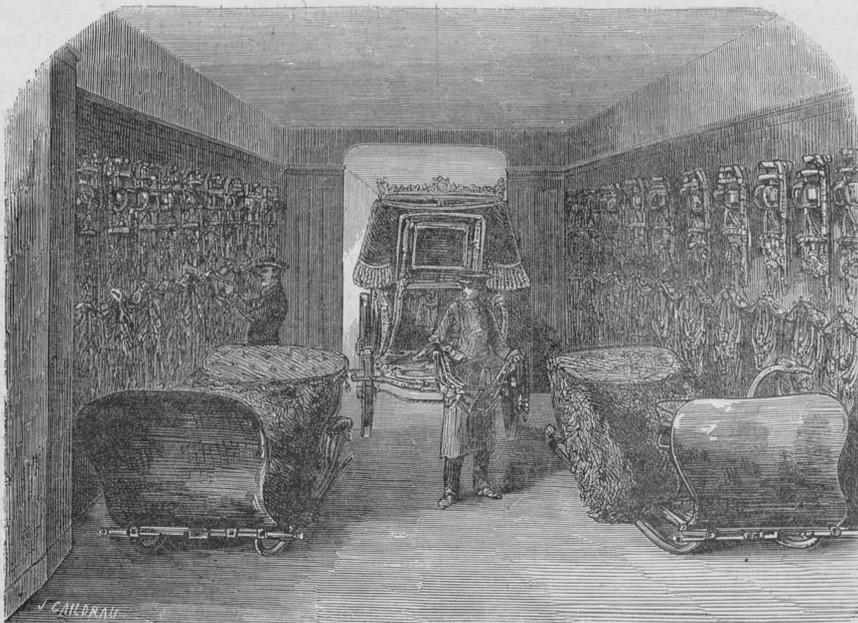
¿Aquel bagel era quizás la fe que abriga mi alma contra la cual se estrellan los males de la vida?

¿O era tal vez la esperanza de un mundo mejor que germina consoladora entre las angustias de mi corazón?

De todos modos, adorados espíritus de seres que finaron, en adelante no me causará pavor la muerte, y procuraré mirar con mas indiferencia la vida.

Pero cuando sufra mucho; cuando no tenga á quien decir mis dolores; cuando lllore sola sin que nadie enjuge mi llanto; cuando por fragilidad mundanal pueda empañarse mi frente de niña, entonces enviadme vuestro bagel; y al dejar para siempre las miserias terrestres, mi alma blanca y pura se elevará fuerte en su fe é inmaculada en su esperanza para volar al cielo, desde donde bendecirá el donativo de los muertos.

VICTORINA BRIDOUX Y MAZZINI.



SILLAS, CARROZA DEL CASAMIENTO DEL EMPERADOR Y TRINEOS.

Las caballerizas imperiales en el Louvre.

Las caballerizas de S. M. el emperador cuentan unos 300 caballos que se subdividen en caballos de silla, caballos de Daumont ó de tiro y caballos del servicio de posta.

Estos caballos se hallan distribuidos actualmente en cinco caballerizas principales, á saber: en el Louvre, en Tullerías, en la calle Montaigne, en la calle de Monceaux y en Saint-Cloud.

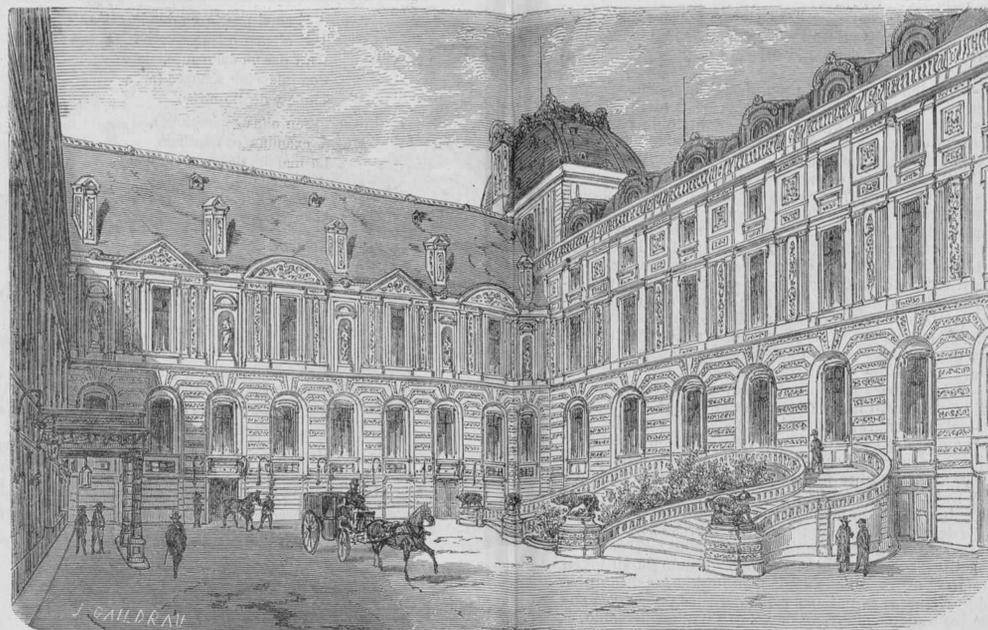
El servicio activo se halla en el Louvre.

El conjunto de los edificios que ocupan las caballerizas afecta la configuración de un cuadrado largo dividido en dos patios simétricos: el primero se llama patio Caulaincourt, y el segundo patio Visconti. Se admira en aquel á la derecha una escalera monumental de doble rampa en forma de herradura que conduce al picadero

situado en el primer piso. Su pendiente suave es de fácil acceso para los caballos.

Para visitar las caballerizas es preciso comenzar por el lado occidental del paralelogramo. A la izquierda, en el patio Caulaincourt, hay una primera sala dividida en catorce compartimientos para caballos de silla.

Luego se ve una segunda sala que contiene diez compartimientos y un lavadero



EL PATIO CAULAINCOURT EN EL LOUVRE.

ro que ocupa el ángulo por esa parte. El carácter arquitectónico de estas dos primeras salas y su decoración son los mismos que se encuentran en las demás partes del edificio. Todo es bronce, acero, mármol, encina y esculturas. Cada compartimiento es de madera de encina, los listones son de bronce,

los pesobres de mármol oscuro, las columnas y los sófitos que adornan el techo de ladrillos revestidos de estuco.

De los techos cuelgan mecheros de gas. Unos conductos indicados por una llave de cobre que hay en cada compartimiento, suministran el agua necesaria para el servicio.



COCHERA DE LOS CARRUAJES DE MEDIA GALA.

Pero todo el interés plástico que proviene de la opulencia de estas salas, desaparece muy luego ante la admiración que produce la vista de los magníficos caballos que hay en ellas.

La galería que se encuentra después del lavadero tiene 100 metros de largo sobre 14 de ancho.

El piso bajo por la parte del Levante en el patio Visconti, se hallan reunidos doce coches de media gala, y en el lado opuesto, en el mismo patio, otros 50 carruajes, entre ellos dos trineos.

Los coches de media gala son de una magnificencia extraordinaria. La carroza que sirvió para el casamiento del emperador es toda dorada; la parte superior llena de calados está adornada con espejos; en las portezuelas las armas de la dinastía con la corona, rodeadas con el cor-

ballos en sus respectivos compartimientos, 40 de silla y 42 de Daumont.

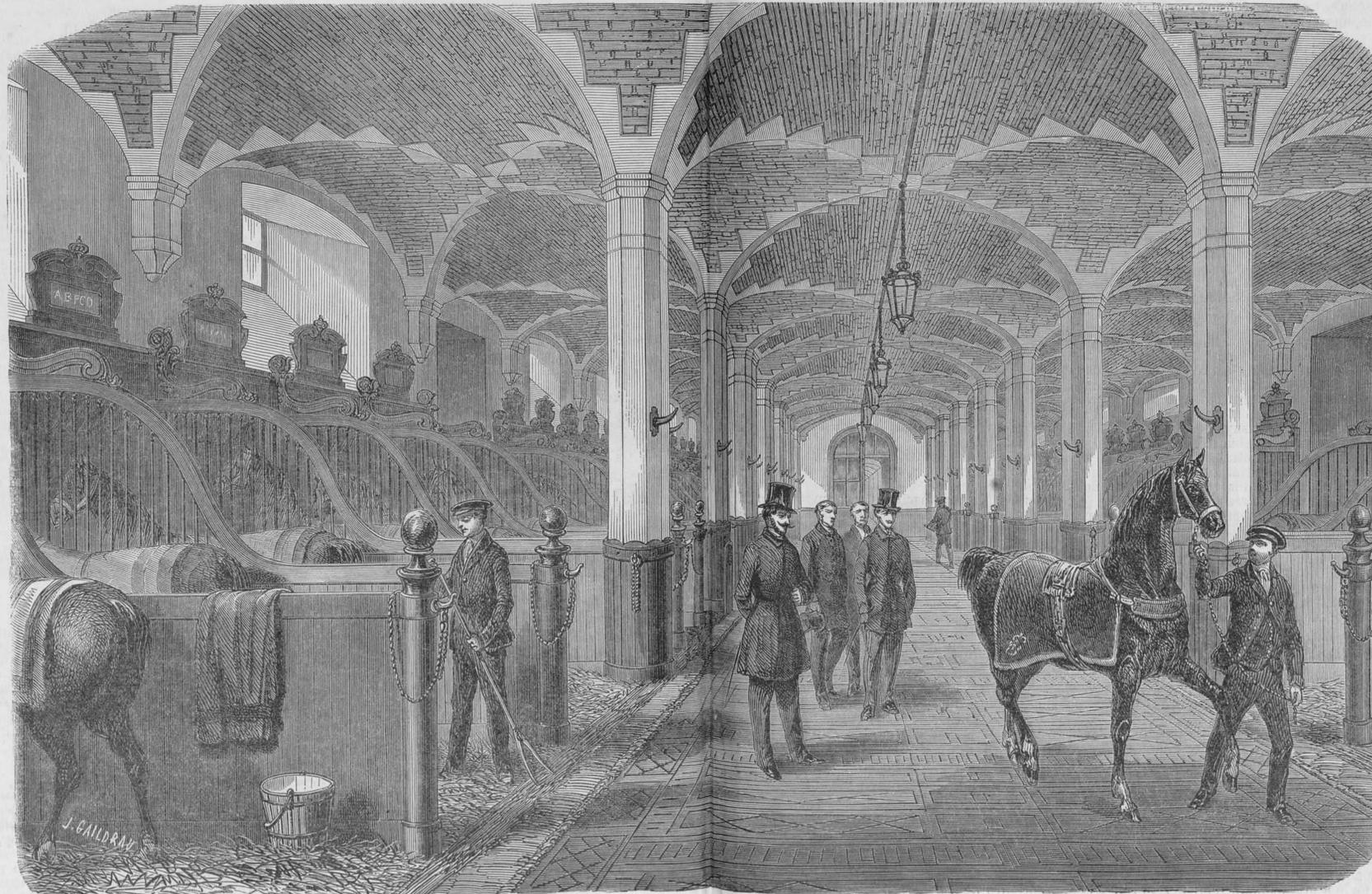
En el lado opuesto, en el mismo patio, otros 50 carruajes, entre ellos dos trineos.

Los coches de media gala son de una magnificencia extraordinaria. La carroza que sirvió para el casamiento del emperador es toda dorada; la parte superior llena de calados está adornada con espejos; en las portezuelas las armas de la dinastía con la corona, rodeadas con el cor-

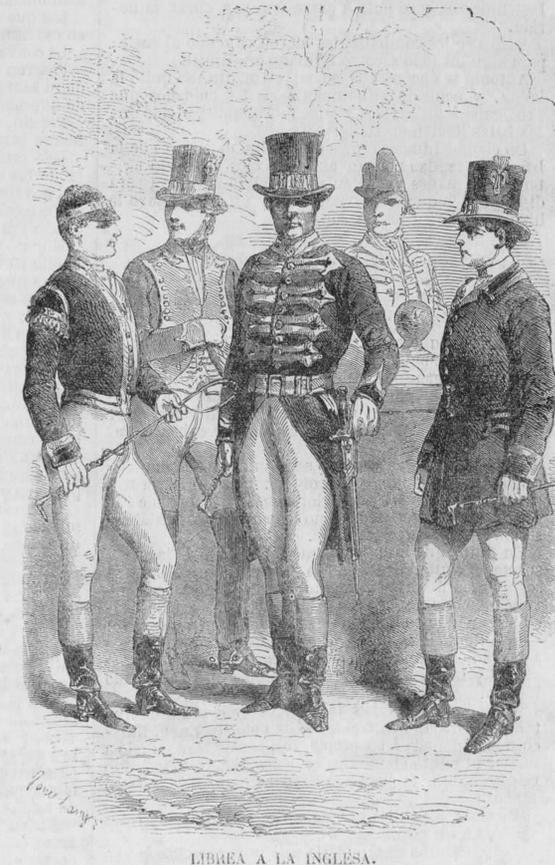


LIBREA Á LA FRANCESA.

Postillon, mozo de cuadra, cochero, picador.



LAS CABALLERIZAS DE S. M. EL EMPERADOR EN EL LOUVRE.



LIBREA A LA INGLESA.

Postillones á la Daumont y de posta, correo, picador y mozo de tiros.

don de la Legion de Honor, y por fondo el manto sembrado de abejas, están sostenidas por unos genios. En los cuatro lados hay figuras simbólicas de asunto religioso. En los cuarterones de delante y detrás se repiten las armas del imperio y los genios que las acompañan.

Excepto las pinturas ejecutadas por Isabey, la caja es dorada de arriba abajo. La galería que la domina sirve de base á un grupo que sostiene la corona imperial. Este grupo, que es una obra maestra de escultura y de bronce, tiene mas de un metro de altura.

Las llantas de las ruedas ostentan el trabajo de las de los carros antiguos; las cajas que sostienen los ejes están reemplazadas por cabezas de león de bronce. Bajo el pescante de terciopelo carmesí, con armas en esmalte y en relieve, borlas y flecos de oro, un águila victoriosa abre sus alas.

El interior de la carroza, que ofrece dos asientos para dos personas cada uno, y entre los cuales hay una alfombra de Aubusson de los colores mas admirables, está guarnecido de terciopelo carmesí con franjas de oro, bordados y arabescos del mismo metal en el techo y en las portezuelas. Los estribos se pierden en una espléndida guirnalda que pasa de una á otra rueda. — El peso total de esta carroza pasa de 6,500 kilogramos.

El general Fleury, por la severidad de su gusto y por sus conocimientos especiales, debía ser el hombre de predilección del emperador, para dirigir la organización de esta parte esencial de su casa. En resumen, las caballerizas de S. M. tienen 300 caballos, y sus cocheras encierran 180 coches. Además del personal de la administración, hay trescientos hombres entre picadores, cocheros, palafreneros y grooms agregados al servicio de las caballerizas.

El conde Daure, hombre práctico por excelencia y caballero del emperador, desempeña las funciones de inspector general.

E. CH.

## EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

Antonio no podia distinguir á los que atacaban, porque la misma barricada se lo impedía, pero su fuego regular y bien nutrido hacia comprender que procedía de un cuerpo disciplinado y numeroso.

Antonio se preguntó durante un segundo si le sería posible hacer oír algunas palabras; pero viendo que en aquellas circunstancias ninguna tentativa de conciliación ofrecería la menor esperanza de ser acogida, miró en torno suyo para encontrar un arma.

La vista de un hombre que yacía á sus piés gravemente herido cambió instantáneamente el curso de sus ideas. Había para él otros deberes mas sagrados que llenar que el deber de combatir; se arrojó junto al herido que era un mozo muy jóven, sacó su caja de instrumentos y se puso á examinar y á curar la herida.

Varios de los combatientes fueron cayendo al suelo; para algunos todo socorro humano era inútil.

Antonio se encontraba en su elemento. Se quitó la levita, y ocupado enteramente en los cuidados que prodigaba á los heridos y á los moribundos, olvidó que las balas llovían en su derredor.

Un clamor inmenso lanzado por los defensores de la barricada le hizo por fin alzar los ojos y los vio agitando sus manos y gesticulando. Volvió la cabeza para distinguir lo que ellos señalaban, y un bayonetazo le hizo rodar en su propia sangre.

XXIV.

EL DRAMA.

Dejaremos que se imagine el lector las angustias de Lucy durante aquella lucha fatal, las punzantes alternativas de esperanza y de desesperación que tuvo que atravesar en la semana eterna que siguió á la catástrofe; y en fin, su desaliento creciente al ver abortar una tras otra todas las tentativas para descubrir el paradero de Antonio.

Describir semejante estado sería una tarea demasiado cruel, y además no tendría objeto. ¿Quién podría trazar en su verdad desgarradora unos tormentos de incertidumbre y de terror como los suyos? Las palabras serían insuficientes para ello.

En tanto que hubo algo que hacer para indagar la suerte de Antonio, el cuerpo y el espíritu de Lucy se sostuvieron maravillosamente; pero cuando ya se convenció de que había recurrido á todos los medios posibles; cuando en fin debió cruzarse de brazos y decirse: — «Antonio está muerto, pues si no le habria visto ó tendria noticias tuyas,» entonces su delicada organización y la energía de su espíritu decayeron al mismo tiempo.

Aun en aquella crisis la solicitud y el amor de Antonio se cernían sobre el lecho de dolor de Lucy. Hutchin abandonada á su propia responsabilidad, corrió á buscar al punto el médico indicado por Antonio, cuyo celo y habilidad justificaron la confianza de nuestro amigo.

Durante diez dias la vida y la razon de Lucy estuvieron en un hilo.

Después hubo una mejoría casi imperceptible y con ella intervalos de media lucidez, en los cuales se ima-

ginaba ver moverse sin ruido por el aposento una figura que se parecía á Speranza.

Naturalmente, no era ella. ¿Cómo habria podido ser Speranza?

Sin duda era un efecto de pura imaginación.

¿Lucy habia visto en aquellos últimos dias tantas cosas y tantas personas extrañas!

Sin embargo, aquella vision no la dejaba como las otras; la perseguía tan obstinada, que hacia palpar con violencia su corazón.

La pobre enferma no decia nada, pero ella la seguía con un placer evidente. Al cabo llegó á verla. Quizá se figuraba hallarse todavía con su padre en la posada, ó bien en la casa de posta de Mentone.

Los nombres que sus labios desfallecidos murmuraban á veces indicaban alguna ilusión de este género. ¡Pobre Lucy! ¡Sus ideas estaban tan confusas y su vista tan turbada!

Una noche, al cabo de algunas horas de un sueño bienhechor, se despertó con las ideas mas claras que de costumbre, y encontrando dos ojos negros que veían sobre ella como en la posada, preguntó en voz baja:

— ¿Sois Speranza?

— Dios os bendiga, mi querida señora; sí, soy Speranza.

Y se arrojó estrechando contra sus labios la mano que Lucy la tendía.

— Sí, soy yo, y nunca me apartaré ya de vuestro lado. Pero no debéis hablar, no debéis decir una palabra mas.

Y arreglando los almohadones, Speranza volvió al otro lado el pálido rostro de Lucy.

La enferma obedeció el mandato; no necesitaba mas explicaciones; estaba satisfecha y calmada al cerciorarse de que la italiana se encontraba á su lado.

Pero ¿por qué circunstancia misteriosa Speranza se encontraba á la cabecera de Lucy, precisamente en el instante en que tanto la necesitaba?

Por una circunstancia sencilla y natural; Speranza era el último obsequio que el cariño de Antonio habia podido hacer á Lucy.

La italiana la comprendía tan bien, que instintivamente Antonio adivinó que sería para ella el alivio mas grande si á él le sucedía alguna desgracia.

Con efecto ¿no sería en tal caso un consuelo para Lucy el tener á su lado una persona simpática con quien hablar?

Por eso habia escrito á la mujer de Battista aquellas breves líneas que le vimos trazar con mano rápida.

«A menos, le decia, que en el espacio de una semana, contando desde el recibo de su carta, no recibiera otra, se debía embarcar inmediatamente para Nápoles y pasar á la fonda que le indicaba, donde estaba lady Cleverton.»

Speranza habia seguido puntualmente estas instrucciones, y habia llegado á Nápoles á servir de enfermera á su amada Lucy.

Los que siembran en la bondad cosechan tambien en ese campo fecundo.

La convalecencia de Lucy fué muy larga.

Pasaron tres semanas antes de que la enferma pudiera sentarse en su lecho, y pasó mas de un mes antes de que pudiera estar una hora levantada.

Por fin, solo al cabo de dos meses recobró bastante fuerza para soportar un paseo en coche al aire libre.

Esta primera salida produjo una recaída; — la vista de las calles, de los soldados, de las mujeres que se apoyaban risueñas en el brazo de sus amigos ó de sus esposos, en tanto que ella era tan desgraciada y estaba tan sola, fué una prueba muy dura de soportar.

Muchas personas paraían su atención en aquel semblante pálido que lanzaba ávidas miradas á todos los coches que pasaban.

¿Qué esperanza loca podia ser la suya?

Ahora era fácil ver cuán feliz habia sido la idea de llamar á Speranza á Nápoles. ¿Qué otra persona habria sabido entonces comprender ó consolar á Lucy?

A veces saliendo de repente de un largo acceso de letargo, Lucy hablaba de Antonio horas enteras.

Speranza sabia mejor que nadie cuánta bondad, afecto y nobleza de alma él habia demostrado, y Speranza podia comprender qué amigo Lucy habia perdido.

¿Para qué luchar contra su dolor? ¿Dónde hallaría jamás un hombre semejante? ¿Quién habria sido nunca para Lucy lo que habia sido Antonio?

Lucy estaba en el deber de llorarle; ¿no la habia él salvado la vida? ¿No habia pensado en ella hasta el último momento?

Otras veces recordaba el accidente del coche y contaba todo lo que habia ocurrido en la posada, en Lampedusa, en Taggia; reía recordando ciertos hechos, — ¡risa mas penosa que las lágrimas! — y parecia haber olvidado enteramente el terrible dia del 15 de mayo, hasta que una palabra pronunciada por casualidad, la cerraba la boca y hacia correr gruesas lágrimas de sus ojos. No eran lágrimas ordinarias, de esas que se acumulan poco á poco y acaban por abrirse paso; las de Lucy saltaban de repente de sus párpados.

Lucy hablaba siempre de Antonio como de un hombre que ya no existe, manifestando de tiempo en tiempo con voz débil, como si no pudiera articular las palabras necesarias, el deseo de encontrar el sitio en donde estaba enterrado.

Sin embargo, Speranza no podia resolverse á considerar como cosa segura la muerte de Antonio. No hay doctor en derecho que argumentara sobre el caso con mas habilidad que lo hacia aquella mujer sin educa-

cion. Su tacto, su perspicacia eran admirables en sí; pero eran dignos de adoración cuando se sabia que toda aquella inteligencia tenia origen en un corazón agradecido.

— Poniéndonos en lo peor, decia Speranza, y admitiendo que el doctor Antonio no se haya escapado, como habria hecho un hombre tan lleno de recursos, ¿por qué no habia de estar prisionero y no muerto? ¿No habian dicho los periódicos que centenares de personas habian sido presas en aquel horrible 15 de mayo y en los dias siguientes? ¿Era tan extraño que entre tantos individuos el nombre que se buscaba no se hubiese hallado todavía? Al contrario, esto era mejor; pues si no se hacia mención de él, era una probabilidad mas para que pudiera escaparse de la cárcel sin ser juzgado. Un día ú otro la *cara padrona* vería que Speranza tenia razon. El doctor Antonio no era de esos hombres que podia perderse de un modo tan ridículo. Lucy sabia muy bien que era uno de los amigos del rey, y algun dia el rey preguntaría cuál era su paradero, y entonces se visitarían todas las cárceles y le encontrarían.

— Si estuviera vivo, decia Lucy insistiendo, ya habria descubierto modo de decírmelo.

— Pero, señora, ¿cómo puede hallar mensajeros si está encerrado? exclamaba Speranza. Dadle tiempo; y además, ¿no creéis que la Santísima Virgen tendrá cuidado de un hombre tan bueno, tan excelente?

Y Lucy se tendía á los argumentos de Speranza. Oraba y hacia cuanto podia para no desanimarse.

La desgracia da al hombre compañeros extraños. Hace mas; á veces le da amigos inesperados.

Lady Cleverton pensó que por conducto de su jóven amigo el agregado á la embajada inglesa, podria quizá adquirir algunas noticias relativas á los presos, así como un estado cualquiera de los que habian perecido.

En su consecuencia, á pesar de su poca esperanza de alcanzar un buen resultado, pues no tenia en mucho favor al diplomático en ciernes, le envió á buscar en la mañana del 17 de mayo. El jóven se asustó al verla tan demudada, y el tono bondadoso con que la habló animó á Lucy á hacerle una confidencia espontánea.

Le dijo qué obligaciones debia personalmente al doctor Antonio, y cuán agradecido le estaba tambien sir John. Le trazó un bonito cuadro de la vida de Antonio como médico de la parroquia de Bordighera, y le dijo como le habia encontrado en la corte del brazo con el rey. Contó con una sencillez patética que la habia dejado el 15, no con la cabeza llena de los furiosos del espíritu de partido, sino para arriesgar su vida con el objeto de impedir una lucha entre hermanos; en fin, sin querer dejó traslucir que consideraba á ese italiano como el mejor y mas noble de todos los hombres.

Lo que deseaba del agregado era que la ayudase á descubrir dónde estaba Antonio; no tenia en Nápoles otro amigo en quien confiar, y le suplicaba la prestara su concurso.

Diremos en alabanza de la humana naturaleza, que ese llamamiento bastó para interesar al jóven en favor de Antonio, y que en su consecuencia llegó á ser para nuestra heroína, durante aquel triste período de su historia, el mas discreto y servicial de todos los amigos.

Con efecto, el agregado se habia tomado mucho trabajo vanamente, para adquirir noticias sobre la suerte de Antonio. Habia apurado todos los medios oficiales y oficiosos que su posición le procuraba, ó que le indicaban las benévolas sugerencias de su jefe. Habia obligado á todos sus conocimientos de Nápoles á contribuir á sabiendas ó no al objeto que se proponía; se habia ligado con oficiales del ejército, con funcionarios de la policía y con empleados de todos grados y matices, sin mas fin que el indicado. Durante la enfermedad de Lucy, habia sostenido tambien una correspondencia casi diaria con sir John, á fin de tranquilizar al anciano, cuyo viaje á Nápoles se hallaba, por orden del médico, aplazado indefinidamente.

Seis meses habian trascurrido, y la pobre Speranza no sabia ya que hacer para alentar un poco á su señora.

La tristeza de Lucy se hacia cada vez mas sombría, cuando de repente algunas líneas de una mano desconocida vinieron á cambiar esta tristeza en una alegría indecible. Habian dejado á la puerta de lady Cleverton una carta cuyo contenido era el siguiente:

«Vuestro amigo vive, pero está en una cárcel. Si tenéis alguna persona de confianza, de mucha confianza, enviadme la y la daré mas pormenores. Me encontrará pasado mañana al caer la tarde á la entrada de la ciudad viniendo de Roma por la puerta Capo di Chino. Que la persona tenga un pañuelo blanco en la mano. Que ni el aire que respiráis pueda sospechar que hay comunicacion ninguna entre nosotros. Únicamente observando con todo rigor esta precaucion, tenéis alguna probabilidad de poder ser útil para el porvenir de vuestro amigo. Cada uno de mis pasos, cada uno de mis actos es espiado por la policía.»

¡Vivia! ¡Oh! ¡Bendito sea Dios! ¡Vivia! ¡qué importante que estuviera preso si vivía!

Lucy haría abrir forzosamente las puertas de su cárcel, tenia crédito é influencia; escribiría á Inglaterra, los ministros harían alguna cosa por la viuda de lord Cleverton; suplicaría tanto y tan bien que habrían de acceder á sus ruegos: su padre tenia igualmente amigos poderosos y obtendría la intervencion del gobierno inglés. ¡Pobre Lucy! ¡Generosa Lucy!

Su fiel aliado de la embajada acudió á su ruego á la cita, y encontró á un caballero de cierta edad que comenzó por decirle lo que ya sabemos, que una partida

de soldados sorprendió la barricada en donde Antonio curaba á los heridos.

Aquel sugeto le contó despues que los soldados no dieron cuartel á nadie, y que Antonio arrojado al suelo por un bayonetazo, habia debido la vida á la presencia de espíritu que habia tenido para hacer el muerto. Los cadáveres, y entre ellos el doctor, habian sido amontonados en una carreta y llevados á un cuerpo de guardia, donde estuvieron hasta por la noche.

Tanta furia mostraba la soldadesca, que Antonio habia debido seguir haciendo el muerto, y solo en medio de la noche cuando llevaban los cadáveres al campo santo, creyó oportuno dar algunas señales de vida.

Una parte de la escolta opinó que se debía matarle, pero halló algunos individuos más humanos cuya opinión prevaleció, y en su consecuencia nuestro héroe herido fué depositado en la cárcel de Santa María Aparute, que por fortuna para él se hallaba en el camino del cementerio.

Allí estuvo una semana, y luego le trasladaron al Castello dell'Uovo, donde quedó incomunicado. Antonio no habia podido conseguir que le dieran un cirujano para curar su herida, y viendo esto pidió un confesor, pero ni sus lamentos ni sus súplicas pudieron enternecer al carcelero.

Antonio lo que queria era hallar un modo, mediante un facultativo ó un sacerdote, de hacer saber á Lucy que estaba en vida.

La privacion rigorosa impuesta á los detenidos políticos de toda comunicacion con otro ser viviente que el carcelero, no tenia solo por objeto la custodia mas eficaz de su persona, sino que era un medio de alterar sus facultades mentales y de debilitar en ellos el poder de la resistencia.

Pero la igualdad de alma de Antonio nunca le abandonó, y su herida se curó prontamente sin mas remedio que el agua fria.

Mes y medio despues de su traslacion al castillo, el preso fué llevado ante el juez de instruccion para sufrir un interrogatorio.

Aquí como siempre, preocupado con el recuerdo de Lucy, recurrió á un expediente, que fué el de no responder á ninguna pregunta si antes no le permitian conferenciar con un abogado.

Esta lucha entre el juez y el preso duró cuatro meses; pero al cabo Antonio llegó á sus fines.

Le nombraron un abogado de oficio, que no era otro mas que el autor de la carta anónima á lady Cleverton, y la persona que daba actualmente estos detalles al agregado. Antonio habia hallado en él un hombre de honor y de sentimientos elevados, para anteponer el interés y la salvacion de nuestro doctor á todas las consideraciones personales.

El agregado, como ya estaba convenido entre él y lady Cleverton, hizo entrever la posibilidad de obtener una intervencion diplomática extranjera, é indicó tambien que ninguna cantidad de dinero seria considerada como excesiva si se podia lograr una evasion.

—Guardaos de intentar nada semejante, exclamó el abogado en voz baja; la tentativa saldria mal infaliblemente y agravaria la situacion de vuestro amigo, que os aseguro está en mucho peligro sin eso. Fácilmente hallarais carceleros que aceptarían vuestros dones, y que en menos de media hora habrian denunciado al autor á la policia. ¡Nada de eso, por amor de Dios!

En cuanto á la intervencion diplomática, á menos de estar sostenida por los cañones de vuestros navios, seria mas perjudicial que útil, pues solo serviria para aumentar la animosidad haciendo de Antonio una presa disputada. No tenemos mas que un auxiliar seguro, el tiempo. El tiempo traerá un cambio en la política de este pais; cambio que depende mucho del desenlace de la campaña que se prepara, segun dicen, entre la Cerdeña y el Austria, así como tambien de la actitud de la Inglaterra y de la Francia. Por ahora ni vuestro amigo ni sus compañeros serán juzgados; la causa va larga. El mejor consejo que yo pueda dar á lady Cleverton, á vos y á todos los que se interesan por el doctor Antonio, es que permanezcáis tranquilos é indiferentes. He oido decir que algunos ingleses han cesado de ir á la corte despues del 15 de mayo; no los imiteis; que nadie sospeche que desaprobais al gobierno. Id á la corte, frecuentad todas las reuniones oficiales; oid sin chistar cuanto digan contra los presos. Es el único modo que teneis por ahora de servir á vuestro amigo. Yo por mi parte haré cuanto dependa de mí, y trataré de teneros al corriente de lo que suceda.

Las esperanzas momentáneas de Lucy se enfriaron considerablemente cuando el agregado la dió parte de lo que habia oido. Los consejos dictados por la prudencia chocaban demasiado con su impaciencia febril de ver á Antonio libre, para que pudieran ser escuchados y seguidos escrupulosamente.

Sin embargo, Lucy fué á la corte; y cuando pudo juzgar por sus propios ojos de los sentimientos generales respecto á los presos, reconoció cuán prudentes y acertadas eran las recomendaciones del abogado.

Poco despues el joven diplomático recibió nuevas noticias cuya sustancia era esta: — Habian cogido en casa de uno de los acusados un papel escrito por Antonio (era la memoria que redactó en Palermo) en que se decia: «que habia llegado la hora en que todos los amigos de la libertad y la independencia debian reunirse y formar una santa falange.»

El doctor habia sido interrogado sobre esto, y segun el tenor de las preguntas que le hicieron, parecia probable que le acusarian de ser uno de los fundadores de

cierta sociedad secreta cuyo proceso preparatorio se instruía actualmente.

Esta comunicacion del abogado de Antonio, la última que mencionaremos, no tenia mas fin que confirmar la suposicion precedente. Antonio debia ser encausado como uno de los organizadores de la Sociedad secreta de la unidad italiana. La causa cambiaria de aspecto segun el giro de los asuntos políticos en Italia y en el extranjero.

El tiempo trascurrió sin mejorar por ninguna parte la situacion de los presos políticos. La derrota de los piemonteses en Novara, la sumision de la Sicilia ejecutada por un ejército napolitano, y los demás episodios de aquella lliada de desastres acumulados en algunas semanas sobre la desgraciada Italia, tuvieron por efecto apresurar los rigores del gobierno napolitano y la instruccion de la famosa causa llamada de la secta de la unidad.

Este lúgubre drama que se desarrolló en el oscuro salon del palacio de la Vicaria y ante el alto tribunal de justicia, tribunal supremo del reino, habia llamado en alto grado la atencion del público. El salon estaba lleno de gente, y en los sitios reservados á los espectadores privilegiados se veia todos los dias á una señora cuidadosamente velada.

No recordaremos á nuestros lectores las largas y punzantes peripecias de aquella lucha; sin embargo, importa á nuestra narracion el señalar su triste desenlace.

Al cabo de ocho meses, de 42 acusados, reducidos á 41 por muerte de uno de ellos, 8 fueron absueltos y 33 condenados unos á muerte y otros á presidio por toda la vida, ó á cadena por 35, 30, 24, 20 ó 19 años.

En el momento en que uno de los nombres comprendidos en esta última categoria salió de los labios del escribano del tribunal, un grito desgarrador resonó en la galería reservada, que produjo un gran tumulto.

En el mismo instante uno de los presos, hombre de alta estatura, de aire imponente, se levantó pálido como un espectro, y extendió sus dos manos hácia la galería.

Entre la muchedumbre se dijo que una señora, la señora velada que no habia faltado ningun dia mientras duró la vista de la causa, se habia desmayado, y habian tenido que llevársela sus amigos.

## XXV.

## ISCHIA.

Este último capítulo encuentra en la isla de Ischia á todos los personajes principales de nuestra historia, excepto á sir John, clavado en Davenne por su gota.

El doctor Antonio con el traje de un criminal vulgar, arrastra sus pesadas cadenas en el lúgubre castillo.

Lady Cleverton, desde el mes de febrero, reside en una de las casas de recreo mas hermosas de la isla. En razon á su mala salud vive retirada, y generalmente deja á su primo, el agregado, y á su dama de compañía el cuidado de hacer los honores de su espléndida residencia á los nobles visitantes que vienen de Nápoles y de las islas adyacentes para admirar el bonito yacht de lady Cleverton.

Los médicos aconsejaron á esta señora que viviera en el mar lo mas posible, y para seguir este consejo, recibió de Inglaterra ese modelo de los yachts.

La *Perseverante* (con este nombre bautizó lady Cleverton á su pequeña embarcacion) es mas conocida á veinte millas en contorno que ninguno de los buques de Su Majestad napolitana; á todas horas del dia y de la noche entra en las ensenadas próximas; distinguen la embarcacion cruzando continuamente por la costa; en una palabra, la *Perseverante* se halla como en su casa en las aguas del hermoso golfo de Nápoles.

No hay necesidad de advertir que Speranza se halla al lado de su amada señora.

Battista ha vendido su posada y renunciado á sus charreteras para establecerse como pescador en Italia, donde vive en un barrio pobre de la ciudad cerca del puerto.

Casi todos los dias lleva á la habitacion de lady Cleverton cargas de pescado que siempre recibe Speranza.

Los parroquianos de Battista en la ciudad no son numerosos. Excepto algunos compradores que le proporcionan el acaso, parecen reducirse á un hombre alto y delgado de cierta edad, de traje negro y rapado, que es seguramente un habitante de la fortaleza, pues se le ve invariablemente pasar el puente que la reune con la isla, cuantas veces va á comprar pescado á casa de Battista, por lo comun cada dos dias.

Battista prodiga muchas atenciones á su fiel parroquiano, le llama su querido doctor, le ofrece una copa de Lacryma Christi, le carga de pescado y además le entrega unos paquetitos misteriosos que él esconde con cuidado debajo de sus vestidos. Estos paquetes son ovillos de seda fuerte, bien preparados por lady Cleverton y Speranza.

Una hora bastaria para anudar centenares de esos ovillos y hacer con ellos una cuerda sólida por la cual una persona podria bajar de cualquiera altura.

Ahora bien, estamos en el mes de mayo, ¡mes fatal! La noche es tan oscura como los amantes y los contrabandistas pueden desearla, y los negros contornos del formidable castillo se distinguen apenas en lontananza sobre el fondo sombrío de un cielo encapotado.

Una barca, en la cual están Battista y el joven diplo-

mático, se adelanta con precaucion hasta el pié de la enorme torre, y se detiene justo en el sitio donde la roca se hunde perpendicularmente en la mar.

A una milla mas adelante de la pequeña bahía de Ischia, está fondeada la *Perseverante*. En un camarote de esta embarcacion se hallan lady Cleverton y Speranza, mudas como sombras.

Su ansiedad es demasiado grande para que puedan pronunciar una palabra. Speranza, de rodillas delante de Lucy, la baña con agua las sienas: la vida de Lucy depende de lo que va á pasar en aquella hora.

Todos los relojes de la ciudad dan las doce; las dos mujeres del yacht tienen clavados sus ojos en la direccion de la fortaleza; los dos hombres de la barca miran arriba sin apartar la vista; ni un movimiento, ni un sonido.

¡Pasa otra hora, ¡un siglo! y continúa reinando el mismo silencio.

¿Qué puede presagiar esta tardanza?

Las doce era la hora convenida: limar sus cadenas y las barras de la ventana por donde debe escapar, es para el preso una cosa de veinte minutos.

¿Le habrán sorprendido? — Pero en este caso se habria dado alguna señal de alarma, se habrian oido tiros, voces, al menos se habrian visto luces, y todo permanece tranquilo y sombrío como la muerte.

¿Será que en el momento decisivo, frente á frente con el abismo que se abre á sus piés, le habrá faltado el ánimo al cautivo?

Tres años de tormento físico y moral han abatido corazon tan nobles y tan intrépidos como el de Antonio.

En tanto que á bordo del yacht y de la barca se entregan á estas conjeturas temblando y en voz baja, la vasta masa del castillo se destaca á cada momento mas distinta sobre el horizonte que se va aclarando por grados.

(Se concluirá.)

## La caza de huevos de avefria.

El avefria, animal de paso, llega en bandadas todos los años á poner sus huevos en los vastos prados de Frise; estos huevos son muy estimados por los habitantes, y se pueden contar entre los manjares mas deliciosos.

La caza de estos huevos es muy abundante y muy sencilla. El avefria que en ciertos paises tiene fama de caza delicada no es objeto de la codicia de los habitantes, de modo que no la persiguen sino durante la caza de sus huevos. Terminada esta caza, la dejan vivir en sosiego.

La llegada de estas aves solo tiene lugar cuando esas verdes llanuras, cubiertas generalmente por las aguas durante el invierno, se despojan gradualmente de su líquido manto y dejan á descubierto su vegetacion renaciente. Pero para activar en ciertos puntos la salida de las aguas, se han establecido molinos de viento que se distinguen en varios puntos, y que sirven para extraer el agua de las praderas inundadas. La rueda de Arquímedes que ocupa solo el interior, está colocada al nivel de la masa de agua que debe sacarse, y á cada vuelta que da sobre su eje, toma un volúmen bastante considerable que vierte en una artesa, la cual desemboca en un canal elevado algunos piés sobre aquel de donde sale el agua; estos molinillos se hallan en plena actividad desde que se acerca la primavera, época en que penetra el ganado en los prados.

Hay un tiempo determinado para cazar los huevos, que comienza á principios de abril y acaba en los últimos dias de mayo; pasado ese tiempo no se puede incomodar al avefria; además, sus huevos no valen nada pasada esta última época, y seria bien cruel despues de haber atormentado durante dos meses, quitarlas su última esperanza sin utilidad ninguna.

Pero como los prados en esa comarca se hallan divididos por muchos canales, que tienen sin duda por objeto sanearlos y encerrarlos al mismo tiempo en límites invariables, los hombres que se dedican á buscar estos huevos llevan unos palos largos y fuertes que les sirven para salvar los anchos fosos que encuentran. Nada detiene ó suspende momentáneamente la marcha; caminan en derechura á su objeto sin estar obligados á dar ningun rodeo.

Estos palos tienen en una de sus puntas, la que penetra en el agua, una especie de rodaja de un diámetro de ocho á diez pulgadas, la cual aplicándose sobre el fango cuando el cazador quiere pasar de un extremo al otro del canal, impide que la punta del baston se hunda demasiado.

Esos hombres que recogen con tanto cuidado y persistencia los huevos de avefria, los meten en una red en forma de saco, que colocan en derredor de la copa de sus sombreros, donde se conservan intactos á pesar de sus movimientos, á veces muy violentos, que el cazador tiene que hacer para atravesar los canales.

En el primer término de nuestro dibujo se ve una parte de la mandíbula de una ballena que plantan ordinariamente en los prados para que el ganado se frote con ella á falta de árboles. La preferencia que dan á estos pedazos de mandíbula sobre los maderos, proviene sin duda de que ese hueso encierra partes grasas que deben necesariamente concurrir á su conservacion; sin embargo, tienen cuidado de pintar la mandíbula para que dure mas tiempo.

G. S.



LA CAZA DE HUEVOS DE AVEFRIA EN LOS PRADOS DEL FRISE.

**Vapores de hélice**

DE J. J. VAN DER MAADEN.

Por primera vez han llegado á Paris en la semana última dos vapores holandeses de hélice, venidos directamente de Boskop-Maerdyk por las aguas interiores. Estos dos buques, *Amicitia*, capitán Van Gilst y *Josephus*, capitán J. Oostenryk, que han sido contruidos para el transporte de las plantas de Holanda á Paris, pertenecen á M. J. J. Van der Maaden. Es el primer viaje hecho

por esta via, y en él se ha gastado la mitad del tiempo que exigian los viajes mas cortos hechos por la via ordinaria.

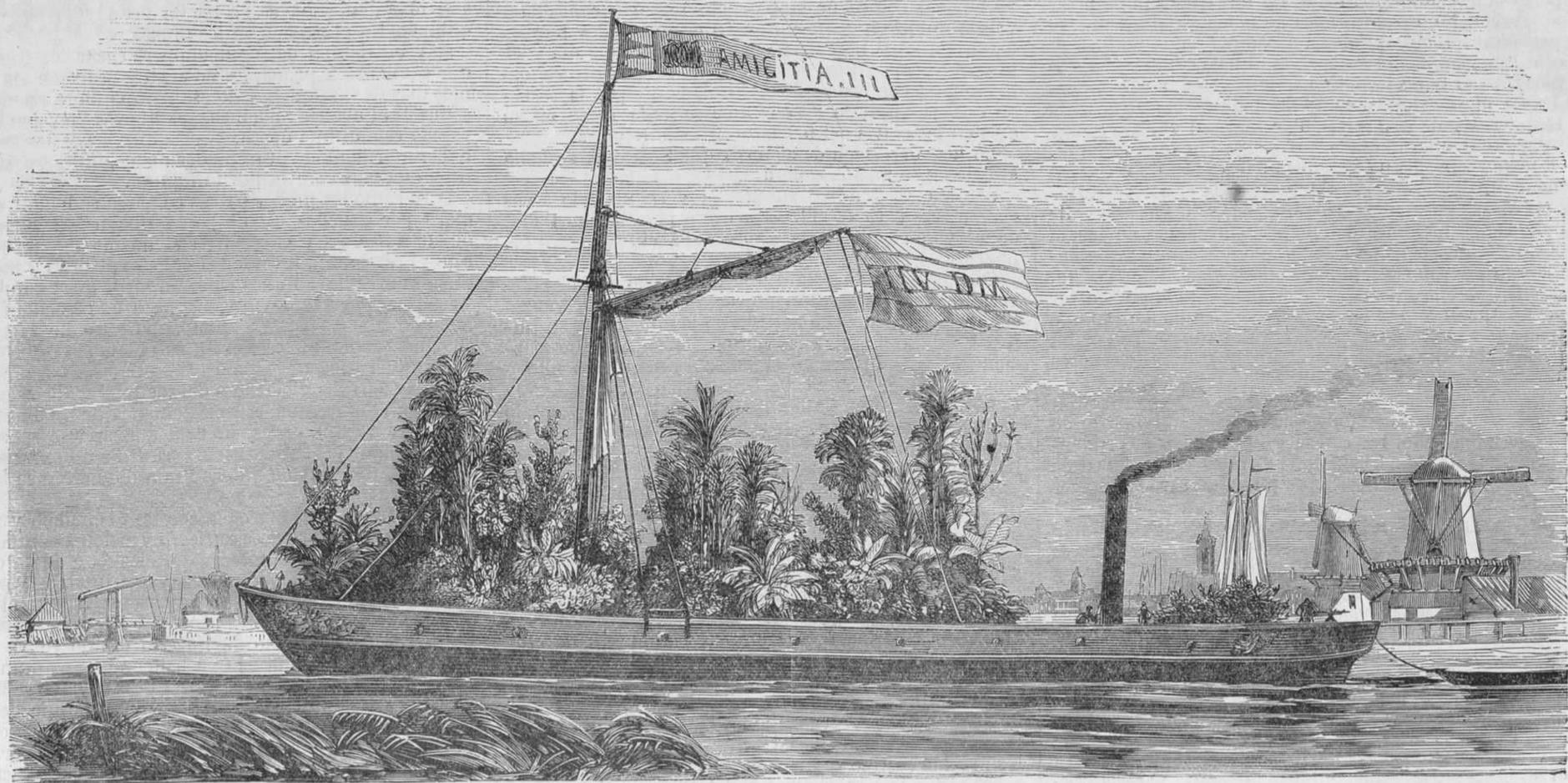
Habiendo salido el 7 de abril de Boskop-Maerdyk, el 8 estaban en Lillo, el 9 en Amberes, el 10 en Gante, el 11 en Audenaarde, el 12 en Pot, el 13 en Saint-Antaing, el 14 en Volu (frontera de Francia), el 15 en Cambray, el 16 en el canal subterráneo situado á diez y siete kilómetros y medio de San Quintin, el 17 en San Quintin, el 18 en Chauvenay, y el 19 atravesaban la última esclusa de Pontoise y entraban en el Sena. Por último,

en el mismo dia á eso de las cinco de la tarde los buques estaban en la plaza de la Concordia.

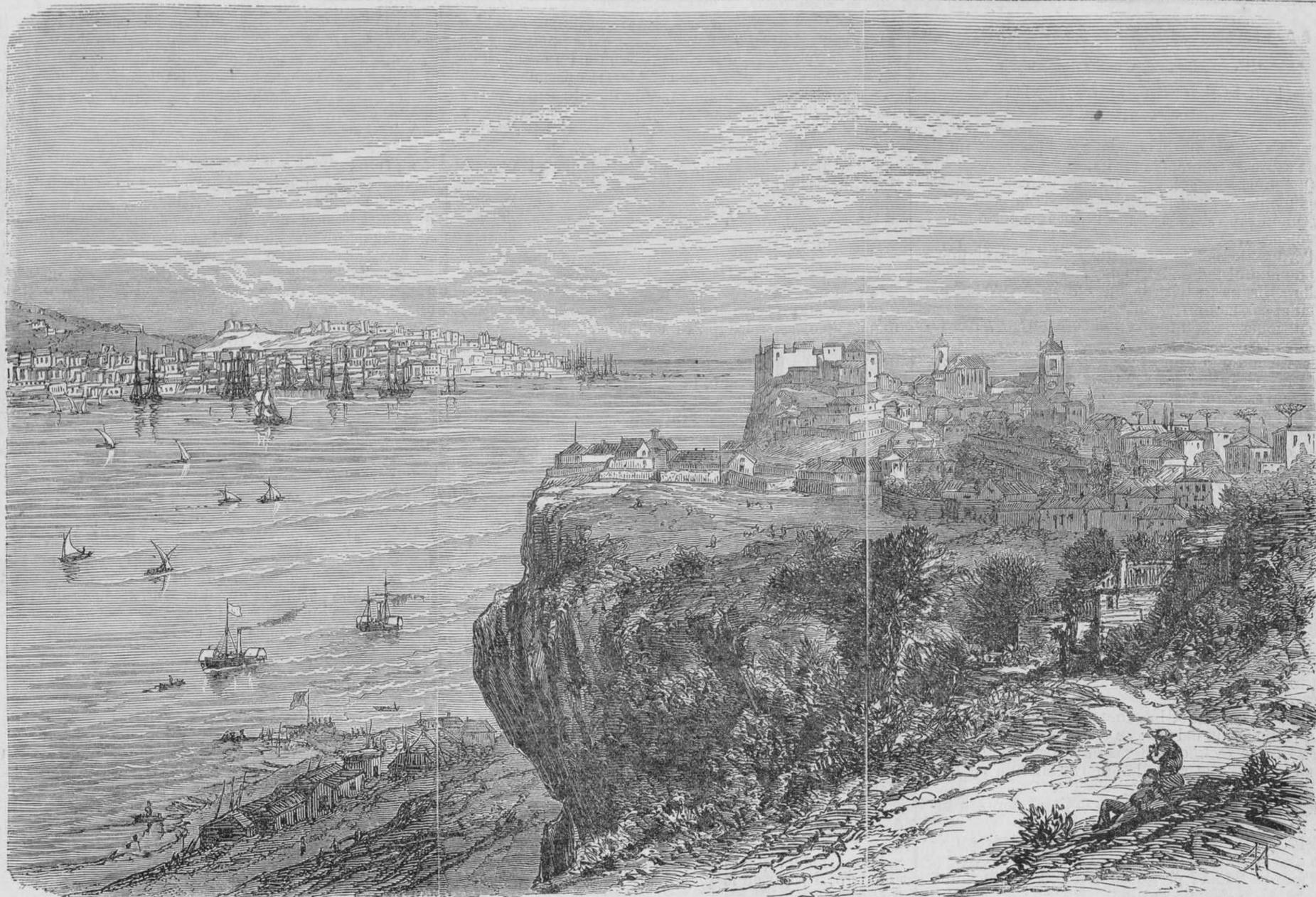
|  |            |
|--|------------|
| El trayecto de Amsterdam á Am-<br>beres es de..... | 275,000 m. |
| En Bélgica.....                                    | 250,000    |
| De la frontera de Francia hasta<br>Paris.....      | 339,065    |

884,065 m.

De Amsterdam á Gante hay tres esclusas, y de Gante á Paris setenta.  
X.



VISTA DE UNO DE LOS VAPORES DE HELICE DE J. J. VAN DER MAADEN PARA EL TRASPORTE DE PLANTAS DE HOLANDA A PARIS POR LAS AGUAS INTERIORES.



LA CIUDAD DE LISBOA.

**Lisboa y Oporto.**

La ciudad de Lisboa, construida en anfiteatro sobre varias colinas á lo largo de la orilla derecha del Tajo, tiene uno de los mas hermosos fondeaderos de la Europa, y cuenta cerca de 300,000 habitantes. La ciudad antigua, que se libertó de la terrible catástrofe de 1755, está mal edificada; la nueva, por el contrario, se distingue por su buen caserío y la regularidad de sus calles. Tiene buenos palacios, dos arsenales, un gran teatro, siete templos muy dignos de atencion y distintos establecimientos de enseñanza. Las cercanías de Lisboa ofrecen muchos lugares importantes.

Oporto se encuentra tambien en una posicion deliciosa sobre dos colinas no lejos de la embocadura del Duero. Esta ciudad, que cuenta algunos monumentos notables, es la mas comerciante é industriosa del reino despues de Lisboa. Por lo demas, desde hace veinte y cinco años el Portugal ha entrado en una via de progreso continua y regular. Las crisis á que dieron lugar en su origen la separacion de las dos coronas de Portugal y del Brasil y la constitucion de un gobierno representativo en Lisboa, se terminaron felizmente. El país sufrió con calma la prueba siempre difícil de una regencia, y el reinado del jóven rey, que tiene hoy en sus manos el cetro de la casa de Braganza, se distingue por las simpatías que sus súbditos le prodigan en cuantas ocasiones se presentan. Se puede decir que en cuanto á calma y tranquilidad, ningun país presenta mas garantías.

El movimiento de la poblacion, que es siempre un sintoma seguro de la condicion de las sociedades, da los resultados siguientes. En 1798 el número total de los habitantes del territorio ascendia á 2.971.000 almas; en 1820 llegó á

3.038,000; en 1850 á 3.471,000, y en 1859 alcanza á 3.659,000. De este modo la poblacion, que casi habia permanecido estacionaria durante la primera mitad de este período de sesenta años, ha aumentado en una progresion considerable durante la segunda mitad; y aunque la emigracion se haga mas activa que no se habia visto hacia un siglo, la densidad media de la poblacion del Portugal es superior á la de la España.

El aumento del comercio con el extranjero es mas notable todavia. En 1842, el total de las importaciones ascendia á 59 millones de francos, y en 1855 pasaba de 113 millones. El total de las exportaciones, que era en 1842 de menos de 40 millones, llegaba á mas de 86 millones en 1855. En trece años el comercio del país con el extranjero casi se ha doblado. La navegacion se de-

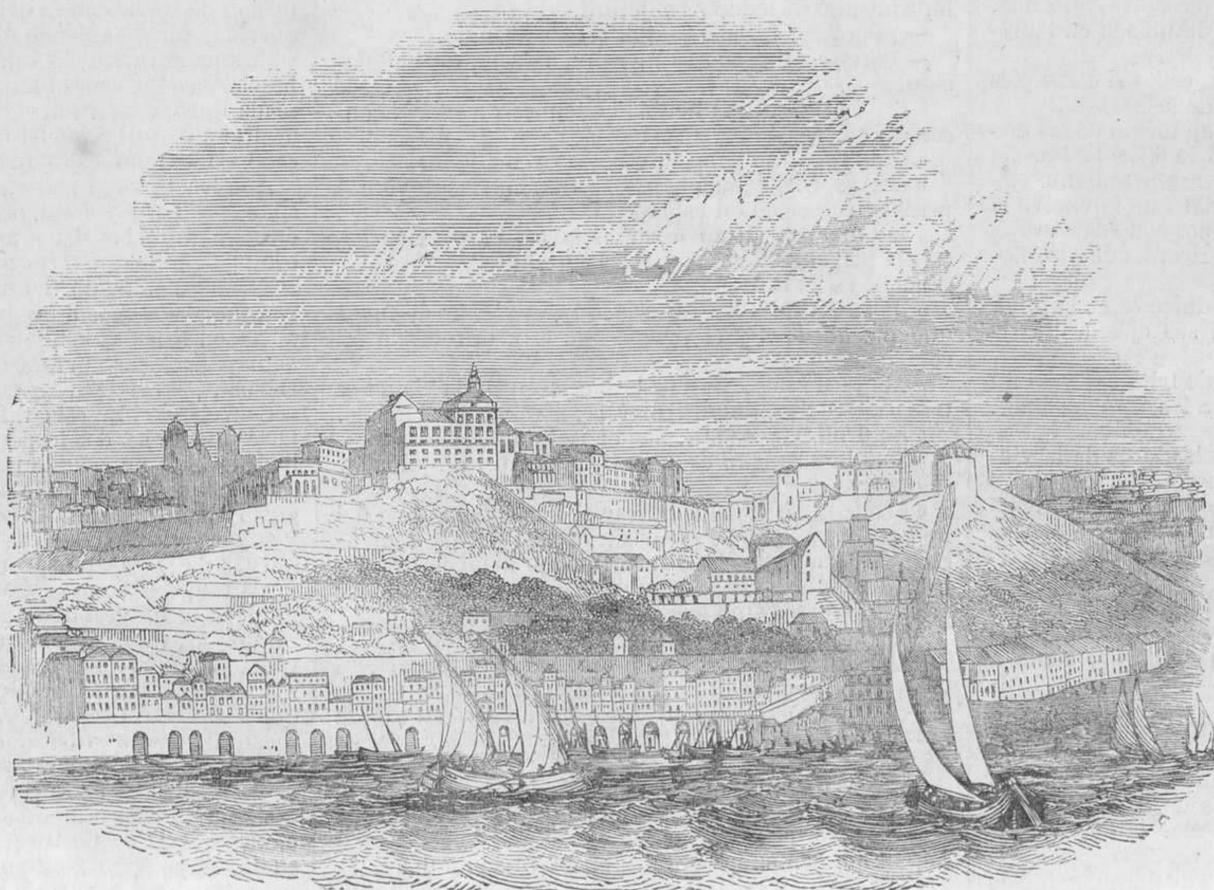
sarrolla tambien en una proporecion considerable. El aumento solo en ocho años es de 35 por 100.

En cuanto á la agricultura, no progresa menos que los otros ramos, y en esa tierra fértil entre todas, tomará un gran incremento cuando se hallen establecidas las vias férreas cuya concesion acaba de hacer el gobierno portugués al banquero español señor Salamanca, quien debe darlas concluidas en el término de tres años.

Hasta 1830, el Portugal, reducido casi únicamente á la navegacion para ejecutar sus trasportes, tenia que importar todos los años una sexta parte cuando menos de los cereales necesarios para su consumo, en tanto que en el dia, es en cuanto á los granos un mercado de exportacion bastante considerable, excepto en los años calamitosos. Sobre todo desde 1850 se viene notando este cambio en su situacion, es decir, desde la época en que se abrieron á la circulacion los dos caminos de Lisboa á Oporto y de Lisboa á Badajoz, vias que se quieren reemplazar hoy con ferro-carriles.

La sombra de este cuadro es el desórden que el pasado ha introducido en la hacienda, y que el aumento constante de las rentas no ha logrado reparar aun. Pero sin embargo, el progreso del país es evidente. Así los capitales que los concesionarios de los ferro-carriles portugueses han solicitado en el extranjero, han respondido al llamamiento, y en el dia, suscritas ya todas las acciones, se principiarán las obras que deben dotar al Portugal de 480 kilómetros de caminos de hierro sobre las dos líneas de Lisboa á Oporto y de Lisboa a la frontera de España. Simultáneamente se abrirán 1,600 kilómetros de carreteras ordinarias que asegurarán el tráfico local y animarán el movimiento de los ferro-carriles.

P. D.



LA CIUDAD DE OPORTO.

## LA VIRGEN DE LAS AZUCENAS,

LEYENDA HISTORICA DEL SIGLO XII

POR DON JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

(Continuación.)

La mora alzó sus ojos melancólicos, fijándolos mediatamente sobre la frente de la niña.

— ¡Qué hermosa es! dijo después de contemplarla algunos momentos con la mirada fría de la desesperación. ¿Quién sabe si Dios le reservará mis tormentos? ¡desgraciada!...

— ¿Porqué lloras? le preguntó al fin con el dulce interés de la amistad de hermanas.

— Lloro porque tu tristeza me entristece, y porque tengo en el corazón pesadumbre.

— ¿Tú tienes pesadumbre en el corazón?... ¿Tan joven, tienes ya dolores?...

— Sí, respondió la niña, sonrosada con el color virginal de la inocencia; con esa tinta celestial de la virginidad, que es el matiz sublime de la virtud en los primeros años de la vida.

La mora, al oír aquel sí, arrancado de las telas del corazón, clavó los ojos en la frente de Elide.

Después del rubor de la inocencia vino la palidez, y sobre esa tinta, donde se pintaba con sublime ternura el martirio y desconsuelo, los ojos de la mora descubrieron el cárdeno lívido de la angustia y de las horas de insomnio convertidas en recuerdos, en el delirio y en la agitación febril que consume la juventud, abruma la existencia y arruga la frente con esa marca más señaladora que el fuego, que ningún remedio disimula y que nada puede cubrir ni borrar nunca.

— Elide, tú amas, le dijo la mora con acento penetrante y compasivo.

— Sí, Zaida, contestó la niña, como si se aliviara de un enorme peso.

— ¿A quién amas?

— Amo a un cristiano, bueno, noble y generoso: sus ojos son como la luz del sol: su cabeza muy hermosa: su sonrisa como racimo de flores de almendro: cuando canta, su voz es dulce como la del ruiseñor de las orillas del Ebro.

Zaida se incorporó en el lecho: tenía el corazón inquieto.

— ¿Qué leal es la desgracia! ¡qué seguro el presentimiento que la anuncia!...

— ¿Cómo se llama? preguntó la mora balbuciente.

— Teobaldo, respondió la niña.

— ¡Teobaldo!... repitió Zaida fijando sobre Elide sus ojos antes melancólicos, y entonces ardientes y dominados por un pensamiento cruel de celos y desesperada envidia...

— ¿Y te ama? continuó, queriendo reprimir la agitación violenta que la ahogaba; ¿te ama? ¿te ama, Elide? volvió a repetir, mientras la tierna niña, turbada, rompía llena de pena en amargo llanto.

— ¡Te ama! volvió a decir, tendiéndole la mano convulsiva, que agarró la de Elide, con la violencia de la enfermedad y el desasosiego.

— ¡No! dijo la judía sollozando: ¡no, Zaida, no me ama! Yo le idolatro con todo mi corazón; es alma del alma mía, pero él no me ama...

— Las flores de mi huerto por él las riego con mis lágrimas; por él suspiro a la luz de la luna; por él muchas veces he invocado, temblando de miedo, la protección de la Virgen de los cristianos, dijo volviendo sobresaltada á todas partes los ojos temerosos.

— Por él, para mí no tiene la noche calma, ni fresco el río, ni los campos flores... por él me consumo, Zaida, por él me muero; dijo arrojándose inundada en lágrimas al cuello de la mora.

— ¡Alá me valga! exclamó Zaida, como si á sus pies hubiera caído el rayo desprendido de las nubes...

Y así como el naufrago, perdido en medio de los mares, ve entre la oscuridad brillar á lo lejos la luz del que viene á su socorro; y como el árabe sediento encuentra entre las arenas el manantial que le vuelve la vida, y entusiasmado da gracias á Dios con sus salvajes gritos, así la mora bendecía la misericordia de Alá, llena de reconocimiento.

Pero Zaida era generosa: su alma dulce como la miel. Por algunos momentos brilló en sus ojos la alegría egoísta del triunfo.

Poco á poco volvieron á cubrirse de tristeza, y al fin dejó caer de nuevo la cabeza sobre los almohadones. ¡Pobre mora! ¡pobre mora!

A su entendimiento se agolparon las ideas de la virtud, vestidas con su ropaje lúgubre y austero.

Por un lado, los recuerdos nobles y buenos de Abenjerard; por otro, la orfandad de sus hijos, y en la lucha, la infamia y un lago de sangre, en que iban á sepultarse todos.

En el fondo de este lúgubre cuadro veía á Elide, hermosa y pura, á quien amaba como á una hija, que desventurada y huérfana, pálida y enferma, venía á depositar en ella los secretos dolores de su alma, buscando amparo.

Mientras estas ideas le angustiaban el entendimiento, venían á turbar su alma las ilusiones risueñas del espíritu enamorado, que recordaba en dulce éxtasis las ternuras, los martirios y la constancia de don Teobaldo.

— ¡Ay! todo se agolpaba como un mar tempestuoso á rebatir en el corazón de la triste mora.

— ¡Pobre niña! dijo al fin, después de un momento de reconcentración y de silencio, en el que se veían pintadas, sobre la palidez de su semblante, las ideas que

cruzaban por su mente, así como se dibujan en el espacio azul, impelidos por el viento, los montones de nubes transparentes, que concentrándose en el horizonte, anuncian al mundo las terribles tempestades.

— ¡Pobre Elide! no llores, que Dios te protegerá, » repitió al fin por tres veces con solemne melancolía, y estrechándola cariñosamente entre sus débiles brazos.

La niña cubrió de besos la cabeza de Zaida. Largo tiempo permanecieron sin romper el silencio aquellas dos almas infelices y enamoradas.

## XI.

En los palacios de los reyes, los hombres honrados y de buen corazón entran con tristeza, y solo cuando van á prestar algún servicio; los pícaros, con los ojos y las manos abiertas, y los tontos, confiados y alegres.

De estas dos clases últimas, muy abundantes en el mundo, se ha formado en todos tiempos la falange dañina de aduladores, que la lengua mordaz de los cortesanos califica de palaciegos, y que no tiene otra cosa á que parecerse sino á las nubes de tordos que asaltan con voracidad los olivares de la ribera de Navarra; que durante el día se entretienen en la tala de los árboles, y al despedirse de ellos, cuando llega la noche, en bandadas interminables, se abrigan en el lejano monte donde duermen, después del estrago que han hecho durante el día, llevando al retirarse, dos aceitunas en las patitas y una en el pico.

Así eran en la corte del rey Don Sancho los palaciegos, semejantes en un todo á los de las monarquías de Castilla y de Aragón.

De esta vanidosa y vividora familia estaban llenas las antecámaras del palacio de Tudela, cuando entraron en el recibimiento del rey el viejo Benjamin y el taciturno Abenjerard.

Hacia mucho tiempo que el moro no pisaba los umbrales de la régia casa.

— ¿A qué viene aquí este perro? preguntaban aquellos desgraciados seres, que orgullosos se denominaban nobles y ricos hombres, careciendo de buenas acciones y de fortuna, solo porque vestían libreas de oro y de plata, mientras tenían empeñadas sus haciendas y presecas en poder del noble Abenjerard, por sumas recibidas en momentos de apuro para alimentar sus vicios.

— A engañar al rey, respondía un hombre robusto y bien armado, que más que de señor, tenía aspecto de escudero, á pesar de la preseca azul que le adornaba el pecho.

El moro escuchó la insolente respuesta, y paseando tranquilamente la vista por aquella falange de parásitos, concluyó por lanzarles una sonrisa de desprecio, penetrando sin más ceremonia en la sala del rey.

— Avisa á tu amo, le dijo al de la divisa azul sin dignarse fijar en él los ojos, que cumpliendo su orden, está aquí Abenjerard el moro.

El palaciego, llenando su deber, con mucha honra, pasó el aviso, y en el interior, Benjamin y Abenjerard se acercaron á la lumbre.

El judío fijó la vista en el fuego: el moro se sentó cerca de una gran mesa de nogal embudida de nacar, apoyando la cabeza en sus manos, con semblante reflexivo.

— Mucho tiene que hacer el rey cuando tarda tanto. Tengo un peso insostenible en el corazón, exclamó melancólicamente Abenjerard.

El judío siguió abstraído contemplando el fuego, sin responder á la exclamación del moro.

— Este aire me ahoga... no puedo respirarlo tranquilo, continuó diciendo Abenjerard.

— ¿Porqué? respondió indiferente el judío.

— Porque aquí todo es mentira, falacia, todo adulación.

— Cada banda, cada bordado encubre una llaga cancerosa.

— Cada ropa, un corazón enfermo y maligno.

— Los espíritus buenos no se deciden fácilmente á perder su libertad en este oficio.

— Los que se dedican á ser esclavos, es para luego, con la privanza, tiranizar á los humildes.

— Este es un infierno.

— De su fornalla de miseria, sale el viento de fuego que me ahoga... y el veneno que está devorando mi corazón...

— Aquí todo se puede; nada hay seguro; la virtud es una palabra; el honor hipocresía; la religión un medio.

— Aquí no hay nada... nada absolutamente.

— Solo Don Sancho es bueno; lo demás, iniquidad y crimen.

— Crimen que viene á buscar el hogar doméstico del hombre honrado, para turbar su sosiego, para manchar su lecho, para infamarle!... dijo lleno de rabia.

El judío había salido de su indiferencia para escuchar atentamente las amargas exclamaciones del moro.

— ¿Qué te obliga á vomitar esas palabras de hiel?...

— ¡Los celos!... respondió secamente el moro; ¡los celos que me devoran de día y de noche!...

— ¿Y de quién? dijo el judío, levantando su cabeza nevada por los años, y fijándose ceñudo en los ojos de Abenjerard, que brotaban fuego.

— No sé; pero en la frente de Zaida he visto escrita mi fatalidad; y en sus ojos, en sus sonrisas, en sus labios ardiendo, he sorprendido el nombre de un cristiano, á quien en su intranquilo sueño decía: « te amo. »

— ¡Benjamin, tengo celos! celos que me asesinan... dijo bajando la voz, y reconcentrando el furor que lo ahogaba. »

— Abenjerard, le respondió el judío, poseído de la calma glacial de la justicia, y con esa severidad santa con que hablan los corazones honestos.

« ¿Desde cuándo el hombre de bien ha dudado de la honra de la mujer con quien parte su lecho y que es madre de sus hijos? »

« ¿Desde cuándo has llenado tu corazón de tan detestable creencia? »

« ¿Te has vuelto loco? ¿has roto, por ventura, las hojas de oro del libro del profeta? ¿no crees en Dios? »

« ¿Es posible que dudes de Zaida, de mi pobre hija... que ha pasado los años tiernos de su inocencia abrigada al calor de mi corazón y sentada cariñosamente bajo los arcos árabes de tu sala? »

« ¿De Zaida, que se muere bendiciéndote, y hijos, con amoroso recogimiento, los ojos en el hombre ingrato que la infama con la páfida duda? »

« ¡Abenjerard, tú has cometido una horrible perversidad, dando cabida en tu alma á esa idea maligna!... ¡te he oído con vergüenza... y á pesar de mis años y experiencia, he sentido tus palabras crueles y tengo ganas de llorar!... »

El moro bajó los ojos... permaneciendo algún tiempo pensativo...

— ¡Es verdad! dijo suspirando: ¡es verdad!... Zaida es pura como el rocío de la mañana. Yo estoy loco... Dios me perdone... pero siento en el corazón una herida profunda.

« Quiero sonreír; deseo olvidar; es un sueño, mentira, cuanto me has oído... decía el moro, queriendo arrancar de su corazón las dudas; no creo lo que ven mis ojos, lo que oyen mis oídos... pero tengo celos; celos que me parten el alma, que no me dejan dormir, que turban la quietud de mi vida... que me consumen. »

— ¡Iba á continuar, cuando el de la preseca azul anunció la presencia del rey.

Benjamin y Abenjerard, reponiéndose, se adelantaron á recibirlo.

## XII.

Después que en el año de 1173 el emperador de los almohades destruyó los ejércitos de Don Alfonso, á su partida de España dejó de lugar-teniente y capitán general de sus ejércitos á don Fernando Ruiz de Castro, que más tarde, con la volubilidad de su carácter, abandonó las armas muzlimas, para servir por su cuenta al rey Don Fernando de Leon en la lucha que sostenía contra el rey de Castilla.

Le sirvió lealmente, hasta que por los años 1194 tornóse á tierra de Marruecos, donde fué bien recibido de Abu Jacob, que se prestaba á volver á España al frente de ejércitos muy poderosos.

Informado el emperador almohade del gran valor y fortaleza del rey Don Sancho VIII de Navarra, de su justa y sostenida enemistad con los señores de Castilla y Aragón, con quien acababa de tener guerra; del buen tratamiento que daba á los moros, cumpliéndoles con ventaja la capitulación que les firmó el Batallador á la rendición de Tudela, y asimismo de la lucha en que estaba con los hombres de la Iglesia por su energía é independencia, y de otros particulares de su reinado.

Conociendo la sagacidad de don Fernando Ruiz de Castro, después de muchas meditaciones, de maduro examen y de haber consultado á los consejeros de su reino y á sus propios intereses; movido á la vez del amor entrañable de padre y de los ruegos de su hija Katira Obeidala, lo mandó á España para ofrecer al rey Don Sancho su amistad, llevando la delicada y secreta misión de tratar con él del matrimonio de su hija muy querida, pues habiendo oído del don Fernando las insignes proezas, mucho valor y hermosura del navarro, había concebido por él tan grande pasión, que entusiasmada llegó á tal límite de locura, que concluyó por decirle á su padre que si no la casaba con Don Sancho, estaba dispuesta á quitarse con un lazo la vida.

Abu Jacob, buen padre, que tenía un corazón nobilísimo, prudente y despreocupado, y que como político, era la admiración del mundo, se convenció, cediendo completamente á los ruegos de su hija.

Además, obligado á asistir á cada momento con su persona y ejércitos á las guerras que su ausencia producía en España, así que faltaba, ó en Africa, cuando venía á pacificar la ambición ó luchas de los árabes de España.

Conociendo que esta dificultad acabaría por arrebatarse uno de los dos imperios, porque las cosas habían llegado á un punto que ningún remedio era aplicable como eficaz; convirtió la necesidad en virtud, por dar gusto á su hija, cumpliendo así con su amor paterno y asegurando al mismo tiempo el porvenir de las conquistas de la España sarracénica.

Así fué, que con el consejo de sus ministros, determinó crear un grande imperio, reuniendo á la dominación de los muzlimas la que Don Sancho con facilidad podía verificar, apoderándose á la fuerza, con las riquezas y armas que él le proporcionaría, de las monarquías de Leon, Castilla y Aragón; fortaleciendo de este modo su poder en Africa, ayudándole este pensamiento al imperio tranquilo de Africa, de Asia y al dominio en el porvenir de toda la parte de la Europa conocida.

Con estas ideas inmensas de conquista, dió sus instrucciones á Ruiz de Castro para que fuera á España á estudiar la posición y circunstancias de sus reyes, y llegara después á Navarra á ofrecer y tratar con Don Sancho VIII del casamiento de su querida hija Katira Obeidala.

Casamiento que esperaba ver realizado, puesto que no era el primero que se hubiera verificado de igual género entre moros y cristianos; pues Don Alfonso VI, rey de Castilla, que garzó á Toledo, casó con Zaida, hija de Ben-Abet, rey moro de Sevilla, teniendo de aquel matrimonio por sucesión á Don Sancho, que luego fué rey.

Estando dispuesta la mora á convertirse á la fe cristiana, creía Abu Jacob que Don Sancho no pondría ningún inconveniente al trato de alianza y de matrimonio con que le brindaba su inmenso poder.

Con esta embajada, el astuto y emprendedor Ruiz de Castro había atravesado la España entera.

Acababa de conferenciar con el rey Don Sancho, cuando este entró en el salón donde estaban Benjamín y Abenjerard.

— Mucho os he hecho esperar, les dijo.

— Señor, los negocios de tu reino son graves, y nunca es tan grande un rey como cuando se ocupa de ellos: nada importa que te aguardemos, cuando nos honras llamándonos á tu palacio.

— Abenjerard, respondió el rey, necesito de tu persona un gran servicio.

— Señor, respondió el moro, te he dicho que mi vida y mi fortuna están siempre á tu disposición... ¿Qué quieres de mí?...

— Oye, y guarda en tu pecho lo que voy á decirte.

» Abu-Jacob, el poderoso emperador de Africa, me manda un jeke de su imperio con cartas secretas, ofreciéndome su amistad, la mano de su hija, y anunciándome que con ese fin vienen á verme sus embajadores.

» He mandado á recibirlos á Tarifa, y con las nuevas que me traigan, estoy dispuesto á salir de Navarra para su tierra, aceptando la alianza y la mano de la hermosa Katira Obeidala, á quien amo, sin conocer, por la extremada afición que tiene á mi persona.

» Las guerras con Don Alfonso de Castilla han dejado exhausto mi tesoro, y adeudo á don García setenta mil sueldos...

» En mi reino no hay mas hombre poderoso que tú capaz de poderme auxiliar en este trance. ¿Quieres prestarme tu hacienda?

— Señor, dijo el moro, ¡ojalá se realicen las ofertas del emperador Abu Jacob, rey de Almagreb, Africa y Alkibla.

» El Dios misericordioso permita que tu matrimonio con la hija de la sultana Omma Atalá, hija de Abu-Ishak, hijo de Abdelmumen, sea feliz y te traiga la paz y la dicha, uniendo para siempre la raza de los muzlimes con la de tus navarros.

» Desde hoy rogaré porque seas el amir de mi raza, y porque tu imperio sea toda la España muzlime y de los reyes de Leon, Castilla y Aragón, que te son enemigos.

» Me has dicho la otra noche que era el tesorero de tu reino, y siendo tu mi señor natural, mis riquezas son tuyas.

» En mis cajas tengo dos cuentos de sueldos, ochocientos mil sanchetes de oro, diamantes, esmeraldas, perlas y rubíes, tesoro suficiente para pagar ejércitos, con los cuales podrias conquistar á Castilla.

» Dispon de ellos y de mi vida. »

— Gracias, noble Abenjerard, le respondió el rey, no te olvidaré nunca; quiero que en prenda de tu préstamo tengas todas las rentas de mi reino y las de mis castillos, propiedades y derechos.

— Señor, dijo el moro, yo no necesito prendas de ningún género: todos los empeños sobran, donde media tu palabra; mis arcas ya están abiertas: cuando dispongas, el oro de ellas estará en tu poder...

— Guárdalo hasta que sea necesario mi viaje á Africa.

— Adios, señor, le dijo el moro, que durante la conversación había encerrado en el alma las ansias del dolor de que á la llegada del rey estaba poseído.

— Adios, Abenjerard, mi tesorero y amigo, le respondió Don Sancho, entregándole los sellos y llaves de su hacienda y tesorería.

Benjamín y el moro salieron de la sala del rey.

Los palaciegos inclinaban la cabeza, sonriendo humildemente, y deseando con ojos y saludos hacerse interesantes al moro, á quien acompañó el rey, dándole cordialmente la mano en el cancel de la real sala.

¡Oh! ¡familia de vanidad y de interés!...

¡Vuestra astronomía descubre tan pronto al hombre que se levanta como al favorito que se derrumba! ¡Para el caído, ni la caridad... para el que sube, servís hasta de alfombra!... ¡Desgraciados!...

La esclavitud envilece el alma de los hombres.

Los que se entregan á la adulación, viven degradados siempre... No le pidais nunca piedad ni consejo al que entretiene su tiempo en el oficio de las serpientes: no esperéis nada de su corazón ni de su conciencia... en el fango en que se arrastra, se vegeta con la ignorancia y el delito.

### XIII.

El que ama un imposible, perece amándolo.

El amor con esperanza marchita las flores de la vida, pero no mata.

La virtud es hermana de los ángeles...

¿Pero cuál es el color de sus alas? ¿en qué consiste su hermosura?

¿En el rosado de la inocencia, ó en la palidez del remordimiento?

¿En no sentir y desconocer las pasiones, ó en probarlas y arrepentirse de haberlas apurado?...

¡Ay!... ¡la vida!... ¡la vida es como el mar!...

¿Quién vivió desde las primeras horas de la infancia hasta los últimos momentos de la decrepitud en deliciosa calma?...

¡Nadie!...

¿Sabe alguno cuál es el día en que levanta sus alas poderosas el huracán de la desgracia?...

¿Puede aplacar el hombre las embravecidas ondas del océano de la existencia, que en su locura van á besar las estrellas del cielo de los imposibles, agitados por el soplo inexcrutable del destino, que es ese Dios misericordioso de todas las religiones del mundo?...

Los que queréis dominar el débil corazón de la humanidad enferma, probad antes á enfrenar las tormentas y á aquietar las ondas de los mares. ¡Dios lo dispone todo! nada sucede en la tierra sin motivo.

El es quien manda la luz, da giro al viento, mueve los mares, da frescura á las corrientes, vendor á la primavera, vida á la materia, muerte á la vida.

Es la fuente del espíritu, y en él se concentra la naturaleza del alma, que desde su infinito universal se desprende para dar inteligencia al cuerpo del hombre.

El es quien da intuición á la materia; la condena ó á la soledad infinita, ó á caminar acompañada por el mundo; y por eso él une las criaturas en este valle de lágrimas.

Y si no, decidme: ¿qué es la ternura melancólica y divina que derraman los ojos de los amantes? ¿ese misterio que embarga el corazón de los salvajes en el desierto y que en nada se diferencia, ni tiene mas fuerza, en las razas civilizadas, aburridas de la ciencia y de la filosofía?

Que brota en los primeros años; se aprende sin enseñanza en el seno materno; va creciendo siempre; arde en los hielos de la vejez, así como en el fuego de la juventud; que no se olvida nunca, y acompaña al hombre hasta el sepulcro, para volar con el alma al centro universal, de donde nace, que es la eternidad de Dios.

Que impulsa á la gloria; que conduce al crimen; que hace tímidos á los fuertes; valerosos á los débiles; que á los afligidos da alegría y á los alegres entristece...

¿Qué es ese poder invisible, sino amor? y ese amor, ¿qué es sino la voluntad del Señor del mundo?...

¡Ay! ese sentimiento, mayor que el hombre, innato en el hombre, hijo de la virtud y de todo lo grande y justo, es igual al principio de donde dimana, porque es todo fe, todo esperanza, todo caridad y todo espíritu de Dios.

¡Qué horribles son á su lado la hipocresía, la ingratitud, la avaricia y el sibaritismo de la intemperancia!

¡Qué deforme y qué ruda es, en comparación de su sublime espiritualismo, la vida y la muerte de la materia!...

Ese divino sentimiento estaba apoderado del corazón de la desgraciada Zaida.

El imposible que antes la mataba, se había convertido en risueña esperanza, que sostenía su cuerpo enfermo y le daba aliento para llegar al término de sus males.

Después de la entrevista con Elide, las pasiones habían cubierto de flores la senda horrible de la ingratitud.

La mora no dominaba con su austeridad el atrevido vuelo de su enamorado pensamiento.

El alma grande, que había luchado tantos años con el fuego que la consumía, sin rendirse nunca, había plegado sus hermosas y purísimas alas, fatigada de la lucha, para rendirse y abandonarse á la merced de la ilusión, entregándose ciega al dominio embriagador de sus amores.

(Se continuará.)

### La Guyana francesa.

Las vistas que publicamos con este artículo han sido traídas á Francia por el contra-almirante Baudin, que hace pocos días ha regresado de su gobierno de la Guyana. Estos apuntes fueron tomados en su presencia, y su mérito principal está en la fidelidad de los detalles; son como si dijéramos láminas fotográficas.

La ciudad de Cayena que cuenta cerca de doscientos años de existencia, ha permanecido largo tiempo en un estado miserable; no hace medio siglo que una casa de piedra ó de ladrillos se consideraba allí como una maravilla; pero en los últimos diez años, queriendo participar del movimiento de la metrópoli, se ha aumentado y regularizado, no sin perder algo á la verdad de su fisonomía característica.

El mercado que representa uno de nuestros dibujos es de creación moderna. Situado en uno de los lados de la ciudad, se halla al alcance del barrio viejo y del nuevo. Le abastecen los cazadores y los pescadores negros que monopolizan estas industrias, sin que la raza blanca les haga competencia. Esta última se dedica á la carnicería. El ganado de la colonia es insuficiente para las necesidades de sus habitantes, sobre todo después de la traslación de los presidios que ha llevado allí unas 6,000 bocas mas, para las cuales es la carne una necesidad higiénica. Los presidiarios son alimentados de otro modo que en Francia; en vez de agua y verdura tienen todos los días vino y carne.

Acuden alternativamente á las bocas del Amazona y del Orinoco á buscar el ganado vivo que debe alimentar á la población de la Guyana francesa, por cuyo motivo este artículo tiene un precio elevado y se vende en casillas muy aseadas. Las verduras y las frutas constituyen la industria de los pequeños hacendados, así como las aves que se crían en los corrales.

Desde la abolición de la esclavitud el cultivo ha ido declinando. Los campos están abandonados, y hay tendencia marcada á gravitar hacia la ciudad por parte de los emancipados; esta clase en Cayena no ha comprendido la libertad sino como un estado de pereza constante. En el día se trata de reorganizar el trabajo y de introducir nuevas razas de trabajadores. Tiempo es de hacerlo; pues la pobre Guyana corría peligro de no tener mas que una sociedad de color, precipitándose á pasos de gigante hacia la barbarie: la escasa organización municipal como las escuelas y los mercados, esa doble protección ofrecida al espíritu y al cuerpo, tendía á borrarse ante la preferencia acordada á la vida salvaje de los bosques y de los llanos.

Al llegar á la Guyana orlada con su guirnalda de mangles siempre verdes, la primera impresión que se experimenta es la de la *primavera perpetua de los céspedes de la isla de Calipso*. Pero esos árboles que crecen en las partes blandas, con los pies bañados constantemente por la onda amarga bajo pena de muerte, no abrigan ninfas ni hamadriadas; son menos un adorno que una defensa en esas costas inhospitalarias. En otros puntos donde los bancos de arena impiden que suba la marea, se han formado interiormente depósitos de aguas dulces poblados por la *anguila eléctrica*. De distancia en distancia se alcanzan islotes ó simples peñascos mas ó menos próximos á la tierra firme, promontorios que sirven de puntos de reconocimiento al navegante. Las tres *islas de la Salvación* en la costa de Kuru, forman una especie de triángulo á unas cuatro leguas nordeste de la embocadura del río Kuru, y se distinguen á lo lejos con su forma de pilon de azúcar irregular. Los brazos de mar que las separan son muy angostos, y sin embargo ofrecen un excelente fondeadero. El mayor de estos islotes llamado *isla Real*, tiene como un kilómetro de largo; la *isla José* que está á su lado es casi de la misma extensión, el tercero es mas pequeño y pedregoso; en él depositaron á los presos políticos que han sido amnistiados últimamente.

Estos islotes se llamaron *islas del Diablo* hasta 1763, época en que las desgraciadas víctimas de la expedición de Kuru devoradas por un sol ardiente en la tierra firme, ambicionaban llegar, aunque fuera á nado, á esos bonitos oasis llenos de sombra, que saludaron con el nombre de *islas de la Salvación*, nombre que les ha quedado. Estaban cubiertas de árboles que el leñador había respetado siempre. Para establecer allí á algunos emigrantes el intendente Chavalon trazó caminos en la *isla Real*, y mandó levantar cierto número de tiendas en la playa. Por el lado del mar, donde nosotros nos colocamos, no son mas que rocas que se prolongan bajo el agua; por el lado opuesto, de cara al continente, estos islotes están por el contrario cortados casi á pico, y se hallan bañados por un mar sereno como un estanque. Aquí se puede fondear con toda seguridad sobre 30 y 34 brazas.

En 1764 amontonaron aquí mas de 2,300 emigrantes sin haber preparado los lugares, y casi todos perecieron, sin que haya quedado de ellos el menor vestigio.

Durante muchos años depositaban á los leprosos como en un lazareto en la *isla Real*, de donde no podían comunicar con el continente. Después fueron trasladados á los desiertos de Mana.

Sucesivamente se han desmontado las *islas de la Salvación*, y se han construido casas en el sitio que ocupaban bosques seculares; no se pueden hacer grandes cultivos, y los habitantes se dedican á la jardinería. La pureza del aire es extremada. Si el continente estuviera trabajado como estas islas, el problema de la explotación de la Guyana francesa se hallaría completamente resuelto, y los franceses quizá no tendrían que deplorar la pérdida de ninguna de sus antiguas posesiones tropicales.

Los trasportados de Francia son depositados á su llegada en las *islas de la Salvación*, donde pasan algunas semanas descansando y aclimatándose; después los envían á los diferentes establecimientos penitenciarios. La población de estas islas es de unos 1,500 hombres aproximadamente. Si en vez de tres islotes la Guyana poseyera quince, casi toda la trasportación de los presidios podría colocarse en ellos.

Damos una vista del hermoso *penitenciario de Santa María*, cuya creación se debe al capitán de marina M. Bonnard; para construirle se desmontaron algunas hectáreas de selvas vírgenes en el interior á unas 12 leguas de Cayena y en el punto en que comienzan á elevarse los terrenos. Varias causas han contribuido al mal éxito que ha tenido este establecimiento. El desmonte no se practicó en la extensión debida, y no había una circulación de aire suficiente en las hectáreas desmontadas, donde los cultivos fueron perniciosos á los blancos. Además había mucha humedad y se declararon fiebres inflamatorias que se llevaban á mucha gente. Por eso se resolvió el abandono de este penitenciario, y ya se trasladan á otra parte todas las construcciones de madera que formaban un bonito pueblo donde solo faltaba una cosa, que era el poder vivir. Su aspecto era muy pintoresco. El río de Comté baja por un lado del establecimiento hacia Cayena. Los otros tres lados estaban guardados por selvas vírgenes impenetrables.

El presidiario llega á la Guyana con la esperanza de escaparse, esperanza que no encuentra en los compañeros que le han precedido. Todos los que han querido internarse en esos bosques han perecido. Solo con el hacha en la mano es posible abrirse paso por esas selvas.

En el día concentran á toda la trasportación en la

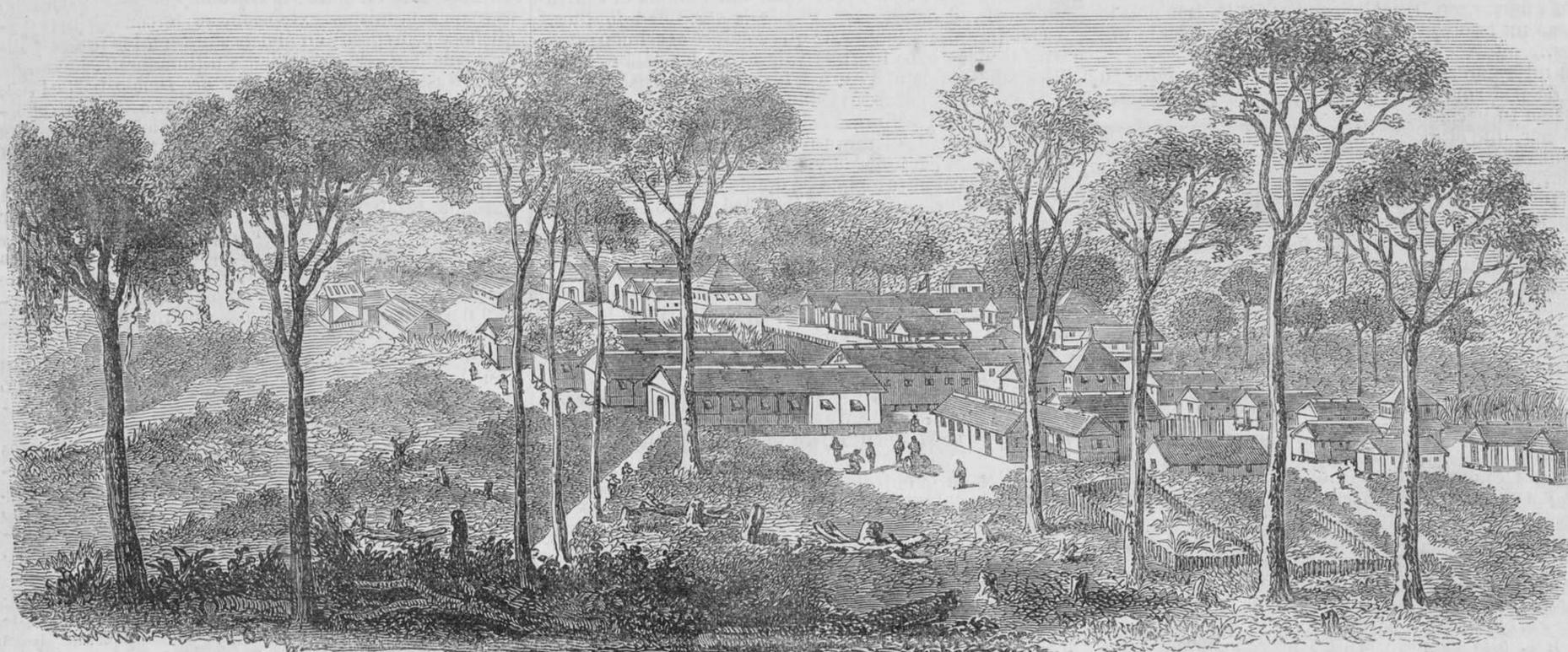


EL MERCADO DE CAYENA.

parte nordeste de la Guyana; la ciudad de Cayena se halla libre de presidiarios. El contra-almirante Baudin comenzó una obra de colonización real que su sucesor M. Tardy de Montravel prosigue con ardor y buen éxito

en las orillas del Maroni, ese magnífico río que constituye la separación de la Guyana holandesa. Los elementos de esta colonización son sin duda deplorables; pero quizá por la mezcla con razas de color se logrará

fundir una población capaz de vivir, de crecer y de multiplicarse, que purificada de generación en generación, no llegará a ser una carga para la metrópoli, y se enriquecerá por el trabajo.



EL GRAN PENITENCIARIO DE SANTA MARIA.

La Guyana francesa bien administrada puede llegar a ser una posesión magnífica: tiene un territorio rico, minas auríferas, una posición geográfica envidiable que domina el río más grande del mundo, y la trasporta-

ción que será una fuerza y no una carga cuando esté bien comprendida. Este conjunto de elementos de prosperidad que jamás había poseído a la vez, la permite aspirar hoy al desarrollo de los destinos que el empe-

rador Napoleon quería asegurarla dotándola, si podía llegar a la paz marítima, con *cien millones y cien mil hombres.*

S. A.



LA ISLA REAL (ISLAS DE LA SALVACION.)